

Benedicto XVI habla de su experiencia conciliar al clero de Roma y le asegura su continua presencia espiritual

En la Iglesia, oculto para el mundo

«Aunque ahora me retiro, estoy siempre cerca de todos vosotros en la oración, y estoy seguro de que también vosotros estaréis cercanos a mí, aunque para el mundo estaré oculto». Son palabras del todavía obispo de Roma a sus sacerdotes. Es la cercanía de Benedicto XVI con el clero diocesano en el tradicional encuentro de inicios de Cuaresma. Debía ser una pequeña charla sobre el Vaticano II, pero se transformó, de hecho, en un luminoso testimonio del que fue perito conciliar, Joseph Ratzinger. Durante 45 minutos, en el encuentro del 14 de febrero en el Aula Pablo VI del Vaticano, el Papa evocó con sencillez y sin reticencias el espíritu conciliar, un acontecimiento vivido con entusiasmo y esperanza, con la firme convicción de que de él brotaría una nueva era en la vida de la Iglesia.

Benedicto XVI desgranó los temas objeto del debate de los padres del Concilio: liturgia,

eclesiología, Palabra de Dios, ecumenismo y diálogo con las religiones, relación entre Iglesia y mundo. Relanzando la invitación a vivir el *Año de la fe* —proclamado precisamente en el cincuentenario de la apertura del Vaticano II— como ocasión para que el Concilio, con toda su fuerza espiritual, que es la fuerza del Espíritu Santo, «se realice y la Iglesia se renueve realmente». Junto a la cual permanecerá, desde el retiro de la oración —a partir del próximo día 28—, como quiso asegurar a sus sacerdotes, agradeciendo su afecto.

PÁGINAS 8 Y 9

Benedicto XVI en adoración durante la exposición eucarística que abrió, el domingo 17, los ejercicios espirituales en la capilla Redemptoris Mater del Palacio Apostólico



El tiempo del silencio y el arte de la oración

«Una figura que continúa la función de intercesión, tan importante en la Iglesia». Así el cardenal Gianfranco Ravasi, presidente del Consejo pontificio para la cultura, imagina el papel futuro de Benedicto XVI tras su renuncia al pontificado.

En vísperas de los ejercicios espirituales, tiempo de silencio en el Vaticano desde el domingo 17 hasta el sábado 23 de febrero, el purpura —cuyas meditaciones le han sido encomendadas— desea que «estos días de retiro sean para el Papa un tiempo oportuno y sereno, mientras se prepara a un nuevo tipo de presencia en la Iglesia». La intercesión —explica, apuntando el contenido de sus meditaciones sobre *ars orandi* y *ars credendi* a la luz de la oración en los salmos— es «una función muy significativa en la Iglesia». «Pensemos —sugiere— en el papel de los santos, es decir, en una presencia que ininterrumpidamente ruega por la comunidad eclesial. Es un símbolo significativo propio de la tradición bíblica. Pensemos en Moisés que, rezando en el monte, intercede por su pueblo que está combatiendo».

PÁGINAS 6 Y 7

La sabiduría nunca envejece

SHIMON PERES*

Estoy disgustado por la decisión del Papa de renunciar al pontificado. Se trata de una decisión original, porque él es un hombre original y valiente. Le considero un líder espiritual extraordinario y único.

Creo que la contribución de Benedicto XVI ha tenido un impacto importante. Es un hombre de pensamiento profundo. El cuerpo puede envejecer, pero la sabiduría nunca envejece.

Su compromiso por la paz y la humanidad es auténtico. Tiene la sinceridad del verdadero creyente, la sabiduría de quien comprende los cambios de la historia y la conciencia de que, a pesar

de las diferencias, no debemos convertirnos en extraños o enemigos.

En el ámbito de las relaciones entre la Iglesia católica y el pueblo judío, ha realizado numerosos gestos. Ha afirmado que el pueblo judío no es responsable de la muerte de Jesús; ha subrayado que los judíos son «nuestros hermanos mayores» y ha dicho que Dios jamás ha abandonado al pueblo judío. Ha visitado Israel y el Templo mayor en Roma para expresar su amistad y su solidaridad. En Israel le acompañé personalmente. Y fue amigable de un modo excepcional y verdaderamente lleno de afecto. Oró por la paz en Oriente Medio, justamente como hacemos otros y yo.

No puede ser considerado como el líder administrativo del Vaticano, sino como la guía espiritual, dotada de profundidad, conocimiento y sabiduría. Le considero un amigo. Le deseo todo bien y permaneceré en contacto con él.

En Jerusalén oraremos para que pueda recuperar la fuerza física y ofrecer su propia sabiduría, profundidad y amistad a todos los pueblos, a todas las religiones.

Le recordaremos con respeto y estima por todo lo que ha hecho.

*Presidente de Israel

Audiencia al presidente de Rumanía

El viernes 15 de febrero por la mañana, Benedicto XVI recibió en audiencia al presidente de Rumanía, Traian Băsescu, quien a continuación se reunió con el cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado de Su Santidad, acompañado por el arzobispo Dominique Mamberti, secretario para las Relaciones con los Estados.



Durante los coloquios, que tuvieron lugar en un clima de cordialidad, examinaron las buenas relaciones entre Rumanía y la Santa Sede. En particular, se puso de relieve la proficua colaboración a nivel europeo para la salvaguardia de los valores comunes y se detuvieron sobre algunas expectativas de cooperación entre

la Iglesia católica y el Estado rumano en ámbito educativo.

Se consideraron también algunas cuestiones abiertas que conciernen a las comunidades católicas en Rumanía y se puso de relieve la contribución de la Iglesia católica en la integración de las comunidades rumanas en el extranjero.

Audiencia al presidente de Guatemala

Benedicto XVI recibió en audiencia, el sábado 16 de febrero, al presidente de la República de Guatemala, Otto Fernando Pérez Molina, quien sucesivamente mantuvo un encuentro con el cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado, acompañado por el arzobispo Dominique Mamberti, secretario para las Relaciones con los Estados.



Durante los coloquios se expresó satisfacción por las cordiales relaciones existentes entre la Santa Sede y el Estado guatemalteco. Además se apreció la contribución especial que ofrece la Iglesia al desarrollo del país, especialmente en el ámbito de la educación, de la promoción de los valores humanos y espirituales, y con las actividades sociales y caritativas, entre otras cosas durante el reciente terremoto que golpeó a la población.

En el curso de la conversación se convino sobre la necesidad de continuar con la colaboración en la resolución de los dramas sociales de la pobreza, el narcotráfico, la criminalidad organizada y la emigración. Finalmente se detuvieron en la importancia de la defensa de la vida humana, desde el momento de la concepción.

Benedicto XVI para la Campaña cuaresmal

Fraternidad y juventud en Brasil

«Fraternidad y juventud» es el tema de la Conferencia episcopal de Brasil para la tradicional campaña cuaresmal. Publicamos la traducción del Mensaje que Benedicto XVI ha enviado a los fieles del país para la ocasión.

Queridos hermanos y hermanas:

Ante nosotros se abre el camino de la Cuaresma, impregnado de oración, penitencia y caridad, que nos prepara para vivir y participar más profundamente en la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. En Brasil esta preparación ha encontrado un valioso apoyo y un estímulo en la Campaña de Fraternidad, que este año llega a su quincuagésima edición y ya se reviste de los tonos espirituales de la XXVII Jornada mundial de la juventud, que se celebrará en Río de Janeiro el próximo julio: de ahí su lema «Fraternidad y juventud», propuesto por la Conferencia episcopal nacional, con la esperanza de ver multiplicada en los jóvenes de hoy la misma respuesta que dio a Dios el profeta Isaías: «Aquí estoy, mándame» (6, 8).

De buen grado me asocio a esta iniciativa cuaresmal de la Iglesia en Brasil, enviando a todos y cada uno mi cordial saludo en el Señor, al que confío los esfuerzos de cuantos se comprometen en ayudar a los jóvenes a convertirse —como les pedí en São Paulo— en «protagonistas de una sociedad más justa y fraterna» inspirada en el Evangelio (*Discurso a los jóvenes brasileños*, 10 de mayo de 2007: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 18 de mayo de 2007, p. 7). De hecho, los «signos de los tiempos», en la sociedad y en la Iglesia, también surgen a través de los jóvenes; subestimar estos signos o no saber discernirlos significa perder ocasiones de renovación. Si son el presente, serán también el futuro. Queremos que los jóvenes sean protagonistas integrados en la comunidad que les acoge, demostrando la confianza que la Iglesia deposita en cada uno de ellos. Esto requiere guías —sacerdotes, consagrados o laicos— que permanezcan jóvenes por dentro, aunque ya no lo sean por la edad, capaces de abrir caminos sin imponer orientaciones, de empatía solidaria, de dar testimonio de la salvación, que la fe y el seguimiento de Jesucristo alimentan cada día.

Invito por tanto a los jóvenes brasileños a buscar cada vez más en el Evangelio de Jesús el sentido de la vida, la certeza de que a través de la amistad con Cristo experimentamos lo que es bello y nos redime: «Al tocar esto tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado» (*Lc* 6, 7). De este encuentro que transforma, y que deseo a cada joven brasileño, nace la plena disponibilidad de quien se deja invadir por un Dios que salva: «Aquí estoy, mándame a mis coetáneos», para ayudarles a descubrir la fuerza y la belleza de la fe en medio de los desiertos (espirituales) del mundo contemporáneo, en los que (se debe) llevar solamente lo que es esencial: (...) el Evangelio y la fe de la Iglesia, de los que los documentos del Concilio ecuménico Vaticano II son una luminosa expresión, como lo es también el Catecismo de la Iglesia católica» (cf. *Homilía en la santa misa para la apertura del Año de la fe*, 11 de octubre de 2012).

Que el Señor conceda a todos la alegría de creer en Él, de crecer en su amistad, de seguirle por el camino de la vida y de testimoniarle en cada situación, para transmitir a la generación siguiente la inmensa riqueza y la belleza de la fe en Jesucristo. Deseando una Cuaresma fecunda en la vida de cada brasileño, especialmente de las nuevas generaciones, bajo la protección materna de Nossa Senhora Aparecida, imparto a todos una especial bendición apostólica.

Vaticano, 8 de febrero de 2013

BENEDICTO PP. XVI

El Papa recibe al presidente del Consejo de ministros italiano



El sábado 16 de febrero, a las 18.00, Benedicto XVI recibió en audiencia privada al presidente del Consejo de ministros italiano, el senador Mario Monti, para un encuentro de despedida particularmente cordial e intenso. El profesor Monti manifestó una vez más al Santo Padre la gratitud y el afecto del pueblo italiano por su altísimo magisterio religioso y moral y por su participación a los problemas y las esperanzas de Italia y de Europa.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque suum Non praevaldet

00120 Ciudad del Vaticano
 cd.espanola@ossrom.va
 http://www.osservatoreromano.va

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE «L'OSSERVATORE ROMANO»

GIOVANNI MARIA VIAN
 director

Carlo Di Cicco
 subdirector

Marta Lago
 redactor jefe de la edición

don Sergio Pellini S.D.B.
 director general

Redacción
 via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
 teléfono 39 06 698 99410 fax 39 06 698 81412

Servicio fotográfico
 photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
 System Comunicazione Pubblicitaria
 Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
 segreteria@direzione.system@ilsol24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 5394 11 25 + 52 55 5318 40 99; e-mail: losservatore@prodigy.net.mx, or.mexico@ossrom.va.
 En Argentina: Arzobispado de Mercedes-Luján; calle 24, 733, 6000 Mercedes (6), Argentina; teléfono y fax + 234 428 102/432 412; e-mail: osservatoreargentina@yahoo.com.
 En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 337 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

La plaza de San Pedro concurrendísima el 17 de febrero, en el penúltimo Ángelus del pontificado

El camino de Dios y el camino del hombre

Gratitud de Benedicto XVI por la oración de los fieles en estos días difíciles

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado, con el tradicional rito de la Ceniza, hemos entrado en la Cuaresma, tiempo de conversión y de penitencia en preparación a la Pascua. La Iglesia, que es madre y maestra, llama a todos sus miembros a renovarse en el espíritu, a re-orientarse decididamente hacia Dios, rechazando el orgullo y el egoísmo para vivir en el amor. En este *Año de la fe*, la Cuaresma es un tiempo favorable para redescubrir la fe en Dios como criterio-base de nuestra vida y de la vida de la Iglesia. Esto implica siempre una lucha, un combate espiritual, porque el espíritu del mal naturalmente se opone a nuestra santificación y busca que nos desviemos del camino de Dios. Por ello, en el primer domingo de Cuaresma, se proclama cada año el Evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto.

Jesús, en efecto, después de haber recibido la «investidura» como Mesías —«Ungido» de Espíritu Santo— en el bautismo en el Jordán, fue conducido por el mismo Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. En el momento de iniciar su ministerio público, Jesús tuvo que desenmascarar y rechazar las falsas imágenes de Mesías que le proponía el tentador. Pero estas tentaciones son también falsas imágenes del hombre, que en todo tiempo acechan la conciencia, disfrazándose de propuestas convenientes y eficaces, incluso buenas. Los evangelistas Mateo y Lucas presentan tres tentaciones de Jesús, diferenciadas en parte sólo por el orden. Su núcleo central consiste siempre en instrumentalizar a Dios para los propios intereses, dando más importancia al éxito o a los bienes materiales. El tentador es disimulado: no empuja directamente hacia el mal, sino hacia un falso bien, haciendo creer que las verdaderas realidades son el poder y aquello que satisface las necesidades primarias. De este modo, Dios pasa a ser secundario, se reduce a un medio; se convierte, en definitiva, en irreal, ya no cuenta, desaparece. En último análisis, en las tentaciones está en juego la fe, porque está en jue-



go Dios. En los momentos decisivos de la vida, pero, viéndolo bien, en todo momento, nos encontramos ante una encrucijada: ¿queremos seguir al yo o a Dios? ¿El interés individual o bien el verdadero Bien, lo que *realmente* es un bien?

Como nos enseñan los Padres de la Iglesia, las tentaciones forman parte del «descenso» de Jesús a nuestra condición humana, en el abismo del pecado y de sus consecuencias. Un «descenso» que Jesús recorrió hasta el final, hasta la muerte de cruz y a los infiernos de la extrema lejanía de Dios. De este modo, Él es la mano que Dios ha tendido al hombre, a la oveja descarriada, para llevarla otra vez a salvo. Como enseña san Agustín, Jesús tomó de nosotros las tentaciones, para donarnos su victoria (cf. *Enarr. in Psalmos*, 60, 3; *PL* 36, 724). No tengamos miedo, por lo tanto, de afrontar también nosotros el combate contra el espíritu del mal: lo importante es que lo hagamos con Él, con Cristo, el Vencedor. Y para estar con Él dirijámonos a la Madre, María: invoquémosla con confianza filial en la hora de la prueba, y ella nos hará sentir la poderosa presencia de su Hijo divino, para rechazar las tentaciones con la Palabra de Cristo, y así volver a poner a Dios en el centro de nuestra vida.

En sus saludos, a pocas horas de iniciar los ejercicios espirituales cuaresmales, Benedicto XVI pidió el apoyo de la oración por él y por el próximo Papa.

(*en francés*) La Cuaresma recientemente iniciada nos invita a dar más tiempo a Dios en la oración, la lectura de la Palabra y los sacramentos. Por medio del ayuno aprendemos a no descuidar el verdadero alimento espiritual para resistir a las tentaciones de la indiferencia y a no dejarnos llevar por el egoísmo, orgullo, dinero y poder. Meditemos el modo

en que Jesús superó las tentaciones y pidámosle la fuerza para luchar contra el mal. Que esta Cuaresma sea para cada uno el camino de una conversión auténtica a Dios y un tiempo para compartir intensamente nuestra fe en Jesucristo. Os agradezco vuestra oración y os pido que me acompañéis espiritualmente durante los ejercicios espirituales que comienzan esta tarde. ¡Os bendigo a todos de corazón!

(*en inglés*) Este día contemplamos a Cristo en el desierto que ayuna,

afecto y vuestra oración en estos días difíciles para mí. Os pido que estéis muy cerca de mí y de la Curia romana sobre todo en esta semana que comenzamos los ejercicios espirituales anuales. Que el Espíritu Santo nos acompañe a todos en el camino espiritual durante el período de la Cuaresma.

(*en español*) En esta Cuaresma pidamos al Señor que la contemplación de los misterios de su pasión, muerte y resurrección nos ayude a seguirle más de cerca. Al mismo tiempo, de corazón agradezco a todos vuestra oración y afecto en estos días. Os suplico que continuéis rezando por mí y por el próximo Papa, así como por los ejercicios espirituales que empezaré esta tarde junto a los miembros de la Curia romana. Llenos de fe y esperanza, encomendemos a la Iglesia a la maternal protección de María Santísima.

(*en polaco*) Os doy las gracias por vuestro apoyo orante y la cercanía espiritual en estos días especiales para la Iglesia y para mí. El Evangelio de hoy nos hace contemplar a Jesús tentado por satanás en el desierto. Confortados por la gracia del Hijo de Dios, busquemos combatir contra el mal, romper con el pecado y servir sólo a Dios. Encomiendo a vuestras oraciones los ejercicios espirituales en el Vaticano que comenzaremos esta tarde. Os bendigo de corazón.



ora y es tentado. Al comenzar nuestro itinerario cuaresmal, acompañémosle y pidámosle que nos dé la fuerza para combatir nuestras debilidades. Permittedme agradeceros también vuestras oraciones y el apoyo que me habéis mostrado en estos días. ¡Que Dios os bendiga a todos!

(*en alemán*) La lectura del Evangelio de este domingo nos muestra que el hombre a menudo se siente indigno y necesitado delante de Dios, y en verdad lo es. Pero el Señor viene siempre al encuentro del pecador y le renueva. Busquemos siempre de nuevo el encuentro con el Señor para obtener el alimento y la orientación para nuestras tareas dentro de la sociedad. Os agradezco sobre todo vuestras muchísimas muestras de

(*en italiano*) Un caluroso saludo, finalmente, a los peregrinos de lengua italiana. ¡Gracias a vosotros! Gracias por haber venido tan numerosos. ¡Gracias! Vuestra presencia es un signo del afecto y de la cercanía espiritual que me estáis manifestando en estos días. Os estoy profundamente agradecido. Saludo en particular a la Administración de Roma Capital, encabezada por el alcalde, y junto a él saludo y doy las gracias a todos los habitantes de esta amada Ciudad de Roma. A todos deseo un feliz domingo y un buen camino de Cuaresma. Esta tarde comenzaré la semana de ejercicios espirituales: permanezcamos unidos en la oración. ¡Feliz semana para todos! ¡Gracias!

 **Benedicto XVI**
en @Pontifex_es

[12.12 PM - 10 FEB 13] Confiemos siempre en el poder de la misericordia de Dios. Todos somos pecadores, pero su gracia transforma y renueva nuestra vida

[12.13 PM - 13 FEB 13] En el tiempo de Cuaresma que iniciamos, esforcémonos por convertirnos, abriendo nuestra vida cada vez más a Dios

[12.21 PM - 17 FEB 13] La Cuaresma es un tiempo favorable para redescubrir la fe en Dios como fundamento de nuestra vida y de la vida de la Iglesia

En un mensaje al IFAD el Papa desea concreción en la acción política y económica respecto a los agricultores

La lógica de la ética



Al señor
KANAYO F. NWANZE
Presidente del Fondo internacional
para el desarrollo de la agricultura
(IFAD)

Me alegra dirigirle un cordial saludo a usted, señor presidente, a las autoridades, a los representantes de los Estados miembros y a los participantes en la 36ª sesión del Consejo de los Gobernadores. Dicha reunión se abre el mismo día en que comienza la Cuaresma, período durante el cual la Iglesia católica –según la enseñanza de Cristo: «todo lo que habéis hecho a uno de estos pequeños, es a mí que lo habéis hecho» (Mt 25, 40)– renueva, entre otras cosas, la invitación a compartir los bienes con las personas más indigentes. En esta perspectiva, vuestra Organización siempre puede contar con el apoyo y el aliento de la Santa Sede.

1. La acción del Fondo testimonia que la cooperación, aunque ligada a diversos contextos sociales y ambientales, así como al respeto de las leyes propias de la técnica y de la economía, es más eficaz si está dirigida por los principios éticos fundantes de la convivencia humana. Se trata de los valores esenciales que por su carácter universal pueden animar todas las actividades políticas, económicas e institucionales, incluidas las formas de colaboración multilateral. Al respecto, me refiero en primer lugar a la metodología seguida por el IFAD, que antepone el desarrollo continuo a la mera asistencia, sostiene la dimensión del grupo en vez de la exclusivamente individual, hasta prever formas de donación y préstamos sin intereses, eligiendo a menudo, como primeros beneficiarios, a «los más pobres entre los pobres». Tal acción muestra que una lógica inspirada por el principio de gratuidad y por la cultura del don puede «tener espacio en la actividad económica ordinaria» (Enc. *Caritas in veritate*, 36). El enfoque seguido por el Fondo, en efecto, une la eliminación de la pobreza no sólo a la lucha contra el hambre y a la garantía de la seguridad alimentaria, sino también a la creación de oportunidades de trabajo y de estructuras institucionales y decisorias. Es archisabido que, cuando estos factores son carentes, se restringe la participación de los trabajadores rurales en las opciones que les competen y, en consecuencia, se acentúa en ellos la convicción de estar limitados en las propias capacidades y en la propia dignidad.

Es necesario anteponer el desarrollo continuo a la mera asistencia. Sin embargo, sobre todo es necesario fundar la cooperación internacional en la lógica de la ética, que debe ser siempre la base de la convivencia humana. Lo escribe Benedicto XVI en el mensaje dirigido al presidente del Fondo internacional para el desarrollo agrícola (IFAD), Kanayo F. Nwanze, con ocasión de la 36ª sesión anual. El arzobispo Dominique Mamberti, secretario para las Relaciones con los Estados, visitó la sede del IFAD para dar lectura al mensaje, cuya traducción publicamos.

En este ámbito se pueden apreciar dos específicas orientaciones puestas en práctica por la Organización. La primera es la constante atención dirigida a África, donde, sosteniendo proyectos de «crédito rural», el IFAD mira a dotar de medios financieros, exiguos pero esenciales, a los pequeños agricultores, y a convertirlos en protagonistas también en la fase de decisión y gestión. La segunda orientación es el apoyo a las comunidades indígenas, que tienen un cuidado particular en favor de la conservación de las biodiversidades, reconocidas como bienes valiosos puestos por el Creador a disposición de toda la familia humana. La salvaguardia de la identidad.

Esta particular búsqueda de solidaridad y participación se encuentra también en el tipo de financiamiento

a la persona, en la dimensión individual y social, será más eficaz si se realiza a través de formas de asociación, cooperativas y pequeñas empresas familiares que estén en condiciones de producir un rédito suficiente para un estilo de vida digno.

En este orden de ideas el pensamiento se dirige al próximo Año internacional que las Naciones Unidas han decidido dedicar a la familia rural, con motivo de una arraigada y sana concepción del desarrollo agrícola y de la lucha contra la pobreza, centrados en esta célula fundamental de la sociedad (cf. A/RES/66/222). El IFAD, por experiencia, sabe bien que el corazón del orden social es la familia, cuya vida está regulada, antes que por las leyes de un Estado, o por normas internacionales, por principios morales incluidos en el

(Const. *Gaudium et spes*, 87). No tendríamos así sólo un aumento de la producción –cuyos beneficios corren el riesgo de no ser percibidos por los más pobres, como a menudo sucede hoy–, sino también un eficaz impulso hacia legítimas reformas agrarias para garantizar el cultivo de los terrenos, cuando estos no están adecuadamente utilizados por quienes son sus propietarios y, a veces, impiden el acceso del campesino a la tierra. Además, también la asistencia internacional podría responder más útilmente a las necesidades de los beneficiarios efectivos, de manera que ofrezca ventajas ciertas a cuantos viven en el mundo rural.

En este momento siguen siendo muy modestos los recursos de los que, en cambio, tiene evidente necesidad la cooperación internacional, y los países más avanzados motivan la disminución de su aportación en razón de una reducida disponibilidad. Pero, bien considerado, interrumpir el esfuerzo de solidaridad a causa de la crisis puede esconder cierta cerrazón hacia las necesidades de los demás.

3. La Santa Sede ha contemplado desde el comienzo y sigue contemplando con estima al IFAD, como institución intergubernamental capaz de conjugar los principios de un justo orden internacional con una solidaridad eficaz. Sólo el amor, y no ciertamente el espíritu de antagonismo, puede definir cada vez mejor los métodos por adoptar para el apoyo efectivo de los pobres, despertando en todos un verdadero sentido de fraternidad y de generosidad operativa. Se trata de reconocer la igual dignidad conferida por Dios Creador a cada ser humano.

Por esto expreso el deseo de que el IFAD siga trabajando cada vez más diligentemente por el desarrollo rural y mejore la actuación de las mencionadas expresiones de solidaridad. De este modo podrá demostrar no sólo conocimiento técnico y capacidad profesional, sino también el compromiso de contribuir a dar al mundo una dimensión más humana, la única que consiente mirar al futuro con confianza y esperanza renovadas (cf. Enc. *Spe salvi*, 35).

Sobre todos vosotros, que de diversas maneras compartís las responsabilidades de orientación y de gestión del Fondo internacional para el desarrollo de la agricultura, invoco del Omnipotente los dones de sabiduría, para que prosigáis por el camino de la solidaridad que habéis emprendido, y de la valentía, para que lo recorráis hasta dejar a vuestras espaldas pobreza y hambre, avanzando siempre hacia nuevos horizontes de justicia y de paz.

Vaticano, 13 de febrero de 2013

Benedictus PP XVI



que el IFAD garantiza en relación con las necesidades efectivas de los países beneficiarios y en el interés de su economía agrícola, evitando condicionamientos y gravámenes no sostenibles. Este enfoque reconoce el sector agrícola como un componente primario del crecimiento económico y del progreso social, y restituye a la agricultura y a la gente del campo el lugar que les compete. A tal propósito, parece importante que la elección de constituir colaboraciones con las formas de organización de la sociedad civil haga surgir la idea de subsidiariedad, muy útil para individuar las necesidades de las poblaciones y los métodos adecuados para satisfacerlas.

2. La Iglesia católica, en su enseñanza y en sus obras, siempre ha sostenido la centralidad del trabajador de la tierra, deseando concreción en la acción política y económica que le corresponde. Es una posición de la que me complace señalar la sintonía con cuanto ha llevado a cabo el Fondo para cualificar a los agricultores, como individuos o pequeños grupos, convirtiéndoles así en protagonistas del desarrollo de sus comunidades y países. La aten-

patrimonio natural de los valores que son inmediatamente reconocibles también en el mundo rural. Tales principios inspiran la conducta de los individuos, la relación entre los esposos y entre generaciones, el sentido de comunión. Desconocer o descuidar esta realidad equivale a minar los fundamentos no sólo de la familia sino también de toda la comunidad rural, con consecuencias cuya gravedad no es difícil de prever.

En el contexto actual, es indispensable ofrecer a los agricultores sólida formación, constante actualización y asistencia técnica en su actividad, así como apoyo a iniciativas asociativas y cooperativistas capaces de proponer modelos de producción eficaces. Ya el Concilio Vaticano II, hace cincuenta años, indicaba cómo «no pocos pueblos podrían mejorar mucho sus condiciones de vida si pasaran, dotados de la debida instrucción, de métodos agrícolas arcaicos al empleo de nuevas técnicas, aplicándolas con la debida prudencia a sus condiciones particulares una vez que se haya establecido un mejor orden social y se haya distribuido más equitativamente la propiedad de las tierras»

Benedicto XVI a los miembros de la Asociación Pro Petri Sede

La novedad que cambia la vida

Es la fe la que debe orientar la mirada y la acción del cristiano, puesto que en ella se encuentra «un nuevo criterio de inteligencia y de acción que cambia toda la vida del hombre». Lo dijo el Papa a los miembros de la Asociación Pro Petri Sede, a quienes recibió en audiencia el 15 de febrero por la mañana en la sala de los Papas.

Queridos amigos:

Sed bienvenidos esta mañana, vosotros que habéis venido a Roma como peregrinos para mostrar vuestra adhesión a la Sede Apostólica y reafirmar vuestro compromiso en la Asociación Pro Petri Sede, a cuya generosidad y sentido de comunión eclesial rindo homenaje.

El Año de la fe, que la Iglesia está celebrando en este momento, nos invita a una conversión auténtica al Señor Jesús, el único Salvador del mundo. Acogiendo a través de la fe

la revelación del amor salvífico de Dios en nuestra vida, toda nuestra existencia está llamada a modelarse según la novedad radical introducida en el mundo por la Resurrección de Cristo. La fe es una realidad viva que es necesario descubrir y profundizar continuamente para que pueda crecer. Es la fe la que debe orientar la mirada y la acción del cristiano, puesto que es un nuevo criterio de inteligencia y de acción que cambia toda la vida del hombre. Como ya tuve ocasión de decir en la carta apostólica *Porta fidei*, el Año de la fe es una ocasión propicia para intensificar el testimonio de la caridad. «La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino» (n. 14).

Para vivir este testimonio de la caridad, el encuentro con el Señor que



transforma el corazón y la mirada del hombre es por lo tanto indispensable. En efecto, es el testimonio del amor de Dios por cada uno de nuestros hermanos en la humanidad lo que da el verdadero sentido de la caridad cristiana. Esta no se puede reducir a un simple humanismo o a una obra de promoción humana. La ayuda material, por necesaria que sea, no es el todo de la caridad, que es participación en el amor de Cristo recibido y compartido. Toda obra de caridad auténtica es por lo tanto una manifestación concreta del amor de Dios a los hombres, y por eso se convierte en anuncio del Evangelio. Que en este tiempo de Cuaresma los

gestos de caridad, generosamente realizados (cf. *Mt* 6, 3), permitan a cada uno caminar hacia Cristo. Él, que jamás deja de salir al encuentro de los hombres.

Queridos amigos, que esta peregrinación refuerce vuestra relación con Cristo y reavivar la gracia recibida en el bautismo. Que crezca en vosotros el deseo de testimoniar siempre vuestra fe allí donde os halláis. Confío a cada uno de vosotros y a cada una de vuestras familias, así como a los miembros de vuestra Asociación, a la intercesión materna de la Virgen María y a la protección del apóstol Pedro. De todo corazón, os imparto la bendición apostólica.

A propósito del motu proprio «Intima Ecclesiae natura» de Benedicto XVI

Papel y responsabilidad del obispo

ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA*

La reciente carta apostólica en forma de motu proprio del Papa Benedicto XVI sobre el servicio de la caridad, *Intima Ecclesiae natura*, pone de relieve —ya en las mismas palabras con las que comienza— que el servicio de la caridad es una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia —pertenece a su «naturaleza íntima»— y, por ello, es también una expresión irrenunciable de su propia esencia. De ahí se deriva, como consecuencia necesaria, que todos los fieles tienen la obligación y el derecho de implicarse en el ministerio de la caridad, cada uno según su propia condición y oficio, ya que todos los fieles cristianos participan, en virtud del bautismo que los ha incorporado a Cristo e integrado en el pueblo de Dios, de la triple función sacerdotal, profética y real de Cristo y están llamados a desempeñar la misión que Dios encomendó cumplir a la Iglesia en el mundo (cf. *LG* 32).

Desde este fundamento de la común —y al mismo tiempo diversificada— participación de todos los fieles en la misión de la Iglesia, el documento pontificio presta una atención especial a la función del Obispo diocesano en relación con el servicio de la caridad —parte integrante de la misión de la Iglesia—, con la intención de colmar una laguna normativa, ya que el Código de Derecho Canónico y otros documentos de la Santa Sede no habían desarrollado y concretado suficientemente este aspecto.

La responsabilidad del Obispo diocesano en el ámbito de las obras

de caridad realizadas institucionalmente por los fieles constituye un servicio indispensable para velar por el carácter eclesial de estas obras, de manera que sean auténtica expresión de la naturaleza de la Iglesia. No se trata de limitar o cercenar la actividad de los fieles en el ejercicio de la caridad, sino de potenciarla y promoverla para que se realice de la manera más plena e íntegra posible, como testimonio de la caridad de Cristo. Por eso, el documento indica que «la Iglesia, en cuanto institución, no puede ser ajena a las iniciativas que se promueven de modo organizado y son libre expresión de la solicitud de los bautizados por las personas y los pueblos necesitados». Y, al mismo tiempo, establece cuáles son las dos dimensiones de la función del Obispo en esta materia: a) acoger estas iniciativas como manifestación de la participación de todos en la misión de la Iglesia; b) garantizar que se lleven a cabo de acuerdo con la naturaleza y la misión de



la Iglesia, así como en el respeto de la voluntad de los fieles que, al colaborar desinteresadamente con su trabajo y con sus bienes en estas obras de caridad, pretenden colaborar con la misión de la Iglesia.

Estas dos dimensiones del ministerio del Obispo, íntimamente unidas entre sí, encuentran una expresión canónica diversificada dependiendo de la naturaleza de la institución eclesial que actúa en este sector de la caridad.

Si se trata de obras de caridad promovidas por la propia diócesis, corresponde al Obispo diocesano no sólo la vigilancia sino también la al-

ta dirección de las mismas. El documento hace una referencia explícita al servicio que presta la organización de *Caritas*, cuya creación el Obispo debe favorecer en cada parroquia, sin perjuicio de que puedan existir otras iniciativas de caridad, que sean adecuadas a las necesidades, bajo la coordinación general del párroco.

En lo que se refiere a las obras de caridad instituidas por la Conferencia Episcopal en ámbito nacional, la dirección corresponde a la propia Conferencia Episcopal que las ha instituido, teniendo siempre en cuenta que permanece íntegro el derecho y la responsabilidad del Obispo diocesano de dar su consentimiento para que esa obra pueda desarrollarse en su diócesis, ya que el Obispo es el Pastor propio de la Iglesia particular que se le ha confiado, y el que tiene que discernir y coordinar, en el respeto de la normativa canónica y de la identidad propia de cada organismo, todas las actividades caritativas de la Iglesia que se lleven a cabo institucionalmente en su diócesis.

Por último, en relación con las obras de caridad llevadas a cabo por asociaciones u organismos que, promovidos por la iniciativa de los fieles, se presenten como asociaciones u organismos de la Iglesia y quieran valerse de la contribución de los fieles, el Obispo tiene la responsabilidad de velar para que el ejercicio de la caridad mantenga su identidad eclesial, sin perjuicio de la autonomía que corresponde legítimamente a los fieles en la dirección de esa entidad que ellos han promovido. Para este caso, al que se equiparan los organismos y las fundaciones con fines caritativos promovidos por los Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica, el documento explícita con detalle los diversos elementos que configuran la responsabilidad del Obispo. Aquí nos limita-

mos a enumerar los más destacados: a) aprobar los estatutos —en la diócesis en la que se constituye el organismo— u otorgar el consentimiento para establecerse en la diócesis —si se trata de una Iglesia particular distinta de aquella en la que se constituyó—; b) velar para que la gestión se lleve a cabo de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, en los fines que se persiguen, en los medios de financiación que se emplean para alcanzar esos fines, así como en el testimonio de sobriedad cristiana que debe caracterizar la gestión de las diversas actividades; c) procurar que quienes trabajan en la pastoral caritativa de la Iglesia, además de la competencia profesional, den testimonio de la fe que actúa por la caridad; d) examinar el balance anual de cuentas; e) coordinar todas las actividades eclesiales institucionales de caridad que se realizan en su diócesis, para que se lleven a cabo de acuerdo con la disciplina de la Iglesia, pudiendo llegar a prohibirlas o a adoptar las medidas necesarias si no las respetasen.

De esta manera, el motu proprio establece con claridad la posición de autoridad y coordinación que corresponde al Obispo diocesano respecto de toda la acción caritativa que se lleva a cabo institucionalmente en la diócesis; autoridad y coordinación que —junto con el testimonio de la propia vida— constituyen el servicio específico que el Obispo está llamado a ofrecer en este sector de la misión de la Iglesia, para promover y proteger el genuino espíritu evangélico de las obras de caridad, de modo que la Iglesia diocesana sea una comunidad de caridad, que acoge y da testimonio del mandamiento del Señor.

* Cardenal arzobispo de Madrid, presidente de la Conferencia episcopal española

El cardenal Ravasi explica los temas que propone al Papa y a la curia en los ejercicios espirituales

El arte de la oración

NICOLA GORI

«*Ars orandi, ars credendi*. El rostro de Dios y el rostro del hombre en la oración sálmica». Este es el tema central de la tradicional semana de ejercicios espirituales, a inicios de la Cuaresma, que, en presencia del Papa, tienen lugar en la Capilla Redemptoris Mater del Palacio Apostólico. Desde el domingo 17, a las 18.00 horas, hasta el sábado 23 por la mañana. Por eso se suspenden todas las audiencias, incluida la audiencia general del miércoles. Las meditaciones a las que Benedicto XVI y los miembros de la Curia romana asisten se han encomendado este año al cardenal Gianfranco Ravasi —presidente del Consejo pontificio para la cultura—, quien, la víspera de empezar los ejercicios, trazó, en esta entrevista de nuestro periódico, las líneas del itinerario espiritual que propone.

¿Cuáles son los motivos que le han guiado en la elección del tema de este año?

Las posibilidades y los itinerarios eran múltiples. He tenido en cuenta que estamos en el Año de la fe y que estos ejercicios han sido confiados a un cardenal, pero también a un bibliasta. Habría podido recorrer numerosos itinerarios bíblicos y tomar como base un único texto o un hilo conductor del Antiguo Testamento. He partido de aquí. Y luego he elegido el horizonte en el que me hallo más naturalmente, o sea, el salterio: argumento sobre el cual, entre otras cosas, ya he escrito muchísimo. Por lo demás, el salterio permite dos posibilidades. La primera es la de declinar de una manera viva en la realidad la relación oración-fe, por qué *lex orandi, lex credendi*. La norma de la oración es también norma de la fe, y viceversa. En estos ejercicios he cambiado en cierto modo esta afirmación, introduciendo la categoría de *ars*, porque rezar y creer tienen en sí también una dimensión de fascinación y belleza. Creo que se trata no sólo de estudiar un objeto, sino también de encontrar a una persona en la oración y en la fe. Por eso he elegido el salterio, este texto de 19.000 palabras hebreas, el tercer li-

bro por tamaño de la Biblia, después de Jeremías y Génesis: 150 composiciones que, entre otras cosas, abrazan casi un milenio de historia, aunque la tradición ha indicado a David como su gran artífice. En realidad, está la intensidad de la fe de períodos diversísimos, como se ve dentro de los mismos cuadros que se representan. Me viene a la mente cuanto decía Italo Calvino con espíritu ecuménico: los salmos son la anatomía del alma, un análisis de todas las dimensiones del ser humano. Por eso, al final, he elegido el salterio como componente del diálogo entre Dios y el hombre. Así el rostro de Dios y el rostro del hombre se encuentran.

¿El salterio, pues, como libro del encuentro?

Al respecto es interesante notar lo que dice Dietrich Bonhoeffer, quien, además de haber comentado el salterio, escribió un librito muy bello sobre la oración de los salmos. A primera vista es extraño —admite— que dentro de la Biblia haya un libro de oraciones. ¿La Biblia no es la Palabra de Dios? ¿Y entonces las oraciones qué son? Palabras del hombre. ¿Y por qué se encuentran allí? Esto nos permite comprender que la revelación no es un soliloquio, un monólogo, sino un diálogo. En los salmos están las palabras que Dios espera de nosotros. Y naturalmente sobre esto hay una expresión de Agustín que a mí siempre me ha gustado, y creo que también la aprecia Benedicto XVI. Al comentar el salterio, parece como si se detuviera y no lograra evitar la exclamación: *Salterium meum, gaudium meum*. Esta frase da la idea de que al final rezar es un elemento festivo, no sólo una obligación.

¿Esto vale también para los ejercicios espirituales?

En el incipit de los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola se dice explícitamente que sirven para examinar la conciencia, meditar, contemplar, rezar. Para el alma es algo así como lo es para el cuerpo caminar, correr, el ejercicio físico. Es, en cierto sentido, mover el alma, ha-



En la Sala Clementina del Palacio Apostólico se ha expuesto un crucifijo medieval. Ante él se pueden recoger los participantes de los ejercicios espirituales, como ha hecho Benedicto XVI. Se trata de una obra realizada entre 1335 y 1345 (atribuida a un pintor conocido como Maestro del crucifijo de San Pantaleón) y se inspira en la tradición iniciada en Toscana por Giotto y por Cimabue. Al final de la segunda guerra mundial el crucifijo fue sustraído de la iglesia de San Pantaleón en Venecia. Después de muchos trasposos, entró en posesión de un coleccionista alemán que lo vendió a la casa de subastas Lempertz. Reconstruida la historia y comprendida la importancia de la pieza, la citada casa de arte decidió restituir la obra a la iglesia veneciana a la que se había sustraído. La ceremonia de entrega al patriarca de Venecia, monseñor Moraglia, tuvo lugar el pasado 17 de noviembre en Colonia en presencia del arzobispo metropolitano, el cardenal Meisner.

cer una especie de gimnasia. Hay una expresión de Etty Hillesum, joven holandesa muerta en 1943 en Auschwitz, que a mi juicio simboliza el sentido de los ejercicios espirituales: «Dentro de mí hay un manantial muy profundo. Y en ese manantial está Dios. A veces logro alcanzarlo, muy a menudo está cubierto de piedras y arena: en ese momento Dios está enterrado, entonces es necesario volver a desenterrarle». Roland Barthes, evidentemente lejano de la fe, decía que no es necesario ser católico, ni cristiano, ni creyente, ni humanista para dejarse implicar por los ejercicios espirituales de san Ignacio, porque sirven precisamente para quitarle la superficialidad, la banalidad, la piedra de encima. Hillesum logró sistemáticamente alejarse de esta superficialidad, convirtiéndose en mística. Su ejemplo nos enseña que la mística es una experiencia común y necesaria como ejercicio del alma. Y es posible para todos. Tanto que en la primera predicación no uso como verbos de la oración los más tradicionales, como invocar, suplicar, rezar, sino que he elegido más bien respirar, pensar, luchar y amar.

¿Por qué esta elección?

En las meditaciones trato de mostrar cómo el salterio es el gran aliento de la humanidad que reza. De hecho, en él hay un capítulo sobre la ausencia y la nada, es decir, sobre el hombre sin Dios. De ello hablo a propósito del Salmo 14, donde el insensato —se usa el término hebreo *nabal* para indicarlo— dice que no hay Dios. Lo repite dos veces. Al llegar a este punto es significativa la complejidad de las experiencias que abrazan incluso lo que aparentemente está fuera. Cito una oración de Alexandr Zinóviev, el autor de la novela *Cumbres abismales*, que hace suya la oración del ateo a Dios, y dice: «Dios trata en cierto modo de existir, porque aquí donde estamos nosotros, solos en la faz de la tierra, sin ningún testigo se convierte en infierno». Nosotros los hombres tenemos necesidad de alguien que esté encima. Por eso gritamos: «Trata de existir». Es la misma oración que decía el poeta Giorgio Caproni: Dios, esfuérzate no sólo en insistir, sino también en existir.

Volvamos a los verbos de la oración. ¿Nos los puede explicar más profundamente?

Partamos de respirar, con una consideración que hace Søren Kierkegaard. En su *Diario* dice explícitamente que los antiguos consideraban que rezar era como respirar. Aquí se nota cuán necio es preguntarse por qué se debe rezar. ¿Por qué respiro? Porque de otro modo moriría. Y así sucede con la oración. Es la misma cosa que retoma Yves Congar, quien habla de la oración como oxígeno para el alma. Se abre así un tema que estará siempre presente en mis reflexiones: la corporeidad de la oración. Es una dimensión que los orientales sienten mucho. Los judíos se agitan cuando rezan, porque deben rezar con todos los miembros y las coyunturas del cuerpo. Todo el ser reza. Para que se comprenda este principio uso los salmos 42 y 43. Pues bien, en ellos hay una expresión que para los traductores es imposible ofrecer en su pleno significado: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo». En hebreo se usa una



Los ejercicios espirituales del Papa y la curia

VIENE DE LA PÁGINA 6

palabra, *nefesh*, que quiere decir al mismo tiempo alma y garganta. Por lo cual, mi garganta tiene sed del Dios vivo, pero también mi alma. Hay una necesidad casi física, biológica. Por eso no se puede rezar por casualidad, sino que se debe rezar de modo que el cuerpo participe.

¿Y por lo que respecta al pensar?

Muchos creen que la oración es sólo devoción, pero no es verdad. La oración es una pequeña composición sagrada; por tanto, al ser poesía, es necesario componerla. También aquí es significativo el doble testimonio de figuras que evidentemente rezaron poco. El filósofo Ludwig Wittgenstein decía que rezar es pensar en el sentido de la vida. Y es verdad, porque aquí está todo el hombre con sus matices. Rezando, el hombre lleva a Dios lo que él es: enfermo, feliz, pecador, anciano. El segundo testimonio es de Martín Heidegger, que escribía: *Denken ist danken*, pensar es agradecer. Lo decía para destacar la importancia de la reflexión, pero se puede entender también al contrario: *Danken ist danken*, agradecer es pensar. Cuando se es verdaderamente feliz, porque se ha descubierto algo, se alaba, se canta espontáneamente. El punto final del descubrimiento es, en efecto, la alegría. Si se encuentra una respuesta a las preguntas, brota el agradecimiento.

Sin embargo, en los salmos no faltan invocaciones en las que prevalece el aspecto «dramático» de la oración.

Una parte de los salmos es como una polémica con el Señor. El famoso combate de Jacob con el ser misterioso es curiosa. Oseas la interpreta como una oración. En aquella noche Jacob pidió ayuda a Dios, y fue escuchado. En el salmo 13 encontramos cuatro veces la exclamación: «¿Hasta cuándo?». Existe casi un enfrentamiento con Dios en el momento de la desesperación. Dios acepta quizás mucho más que lo que nosotros consideramos oración. Recordemos a Job que grita contra Dios, atacándole. Es una oración casi blasfema, y sin embargo está en la Biblia. También, al final, está el aspecto del amor, el punto final. En la práctica, todas las oraciones auténticas se adentran en la mística, que no es el estatus excepcional de algún elegido, sino el punto final de la fe, es decir, la contemplación. Para evidenciar mejor este aspecto, en las reflexiones usaré el texto de una mística musulmana del siglo VIII, Rābī'a Basrī, quien dice hallarse bajo el cielo estrellado de Basora. Bajan las tinieblas, las estrellas brillan en el cielo, cada enamorado está con su enamorada, y ella constata que está sola con el Señor. La experiencia del amor es paralela a la de Dios. En mis reflexiones he considerado que los temas analizados fríamente en el ámbito dogmático pueden proponerse de nuevo con un tipo de análisis más «cálido».

¿Qué espacio tiene el aspecto «penitencial» de los salmos?

Según los salmos, antes que nada está la reflexión sobre el pecado, so-



bre la culpa. Una reflexión muy severa, aunque no psicoanalíticamente culpabilizadora. No sirve jamás para crear el sentimiento de culpa, sino, paradójicamente, el sentimiento de perdón. Está el salmo penitencial 130, el *De profundis*, que se dirige a Dios diciendo: «En ti se encuentra el perdón, para que seas temido». ¿Cómo es posible el temor ante el perdón? A lo sumo, nos es familiar el temor por el castigo. Y en cambio este razonamiento quiere decir: es peor ofender a una persona que te ama, a un padre, que al tirano. Se debe tener miedo de ofender a quien te ama, más bien que a quien te domina. El sentido del pecado es el sentido de la certeza de haber ofendido, no de haber golpeado a un

emperador, sino a uno que quería entablar un diálogo con nosotros. También Pascal imagina un diálogo entre el alma y Dios. Este último dice: si tú conocieras tus pecados, te desesperarías. Pero el alma responde: entonces si tú me los revelas, yo me desesperaré. No —rebate Dios—, tus pecados te serán revelados en el mismo momento en que te sean perdonados.

¿Cuáles son los otros elementos en los que centra sus reflexiones?

Refiriéndome también a la sociedad contemporánea, hablo de superficialidad, banalidad, vulgaridad, indiferencia. Utilizo dos oraciones elevadas por sacerdotes: el salmo 16 y el 73. Ambos hablan de una crisis. En el primer caso, el sacerdote está tentado por la idolatría. Pensemos en el mundo actual, donde los ídolos son mucho más fáciles de adorar que el Dios verdadero. El otro sacerdote, en cambio, está tentado por la arrogancia impune del poder de los ricos. El salmo traza un retrato casi nauseabundo de la persona poderosa. Además de esto, en la Biblia está también la duda, el silencio de Dios. Es otro componente importante del salterio y de la vida espiritual, que se desarrolla no sólo en el salmo 22. Hago una reflexión sobre la ausencia y la nada. Me inspiro en una novela de Georges Bernanos titulada *La impostura*, que habla de un sacerdote que pierde completamente la fe y progresivamente cae muy bajo. Bernanos hace un análisis muy fino: para él Dios ya no es una ausencia, es la nada.

¿De qué modo los ejercicios espirituales pueden contribuir a la nueva evangelización?

Antes que nada, quiero hacer notar que en los dos movimientos de la

reflexión —vertical y horizontal— se descubre que todo comienza a través de una experiencia. La oración es una experiencia. Primero está la *fides quae*, es decir, el conocimiento de los contenidos; después, su aceptación. Por tanto, la evangelización no puede ser sólo catequesis. Es necesario también hacer una experiencia en la que la catequesis brille. Comencemos entonces por hacer entender bien la relación con Dios, que es paralela a la relación que se tiene con la vida: con respirar, luchar, amar. Aquí está la importancia de estos verbos tan humanos para la oración. Es un paralelo que no puede dejar espacio sólo al anuncio de los contenidos. Cristo, en efecto, habla y sana. Permite hacer simultáneamente una doble experiencia, implica a sus discípulos y quiere que se adhieran a Él. Y dentro de este itinerario llega a ser fundamental el salterio. Porque, aunque sea un libro de canto, de poesía, de oración, vemos que en él está la presencia del Dios creador, salvador, del Dios con su Mesías, del Dios que se mueve dentro de nosotros. Y en él también encontramos al hombre con todas sus variaciones posibles: el hombre que cree,



que siente su fragilidad, que sufre, que peca, que se interroga, que se arrepiente, que es feliz, que está enfermo. Y al final, el hombre que hace una experiencia exaltante de amor fraterno y con Dios. En la práctica, todo lo que se enseña conceptualmente, después se vive. También porque la religión judeocristiana tiene una historia, y por tanto los conceptos no están desvinculados de la realidad. El Dios cristiano no es el motor inmóvil de Aristóteles. En el cristianismo Dios es un hombre con un rostro, con una lengua, con acciones, con una historia. El nivel extremo es cuando Él acepta morir.

Todas las religiones reconocen que Dios se puede acercar; pero el hecho de que se haga hombre hasta morir representa algo así como nuestro documento de identidad. Dios no muere por definición. El único que lo afirma es el cristianismo. Precisamente por ello la muerte ya no es como antes, porque quien muere es Dios. También en el morir está la energía de lo divino, el alba de la Pascua. Por eso la muerte ya no es la misma, en cuanto fecundada por lo divino.

Usted ha definido el salterio como una «estrella polar». ¿Puede usarse como referencia también para este Año de la fe?

Ante todo querría decir que es una especie de «estrella polar» también para la cultura. Es curioso notar lo que escribe un filósofo que siempre contrastó la religión judeocristiana: Friedrich Nietzsche. En los materiales preparatorios para *Aurora*, una de sus obras, decía: entre lo que experimentamos con la lectura de Píndaro o de Petrarca, y lo que experimentamos con la lectura de los salmos, existe la misma diferencia entre tierra extranjera y patria. Reco-

nocía que para sus oídos los salmos eran su patria. Por desgracia, la cultura contemporánea lo ha olvidado. Es desmemoriada. Sin este instrumento no logra comprender siglos y siglos de arte, de pensamiento, de civilización. Piénsese en la música. Por otra parte, el salterio es «estrella polar» de la evangelización, cuya tarea no es sólo informar sobre las verdades de la fe, sino también formar en ellas. Es la misma distinción que se hace en lingüística entre el elemento informativo y el elemento performativo. La fe por su misma naturaleza debe llegar a la oración, al encuentro, a la comunión, a la intimidad. Y por eso cuando se usa el salterio —a diferencia de cuanto sucede con una mera reflexión teológico-exegética— el punto final debe ser precisamente el canto, la alabanza. Hay una figura importante de la filosofía mística judía, Abraham Joshua Heschel, que decía que el creyente debe tener un canto cada día y un canto para cada día. Debe ser capaz de cantar, pero también debe tener un sentido de la existencia, debe tener sus razones. Heschel usaba una imagen muy bella, la de una hoja vista a la luz del sol. Está formada por un retículo y mucho tejido conectivo. Así es nuestra semana: el tejido conectivo está representado por los seis días, el retículo es el momento de la oración. Si la hoja fuera solamente tejido conectivo, se disolvería, porque no tendría alimento y apoyo. Pero si tuviera sólo nervaduras, sería una monstruosidad: aquí están el fundamentalismo y el sacralismo. Debe haber un equilibrio. Y el equilibrio de la oración es también un poco el equilibrio de la fe. Que es compromiso diario y verticalidad, no sólo verticalidad u horizontalidad.

En el Concilio lleno de entusiasmo y esperanza

VIENE DE LA PÁGINA 9

nas porque, tras la primera guerra mundial, había renacido el sentido de la Iglesia en un modo nuevo. Romano Guardini dijo: «En las almas empieza a despertarse la Iglesia», y un obispo protestante hablaba del «siglo de la Iglesia». Se redescubría sobre todo el concepto, previsto también por el Vaticano I, del Cuerpo Místico de Cristo. Se quería decir y entender que la Iglesia no es una organización, algo estructural, jurídico, institucional —también es esto—, sino que es un organismo, una realidad vital, que entra en mi alma, de manera que yo mismo, precisamente con mi alma creyente, soy elemento constructivo de la Iglesia como tal. En este sentido, Pío XII había escrito la Encíclica *Mystici Corporis Christi* como un paso para completar la eclesiología del Vaticano I.

Diría que la discusión teológica de los años 30-40, también de los 20, estaba completamente bajo este signo de la palabra «*Mystici Corporis*». Fue un descubrimiento que suscitó mucha alegría en aquel tiempo y también en este contexto creció la fórmula: Nosotros somos la Iglesia, la Iglesia no es una estructura; nosotros mismos, los cristianos, juntos, somos todos el Cuerpo vivo de la Iglesia. Y, naturalmente, esto es válido en el sentido de que nosotros, el verdadero «nosotros» de los creyentes, junto al «Yo» de Cristo, es la Iglesia; cada uno de nosotros, no «un nosotros», un grupo que se declara Iglesia. No: este «nosotros somos Iglesia» exige precisamente mi inserción en el gran «nosotros» de los creyentes de todos los tiempos y lugares. Por tanto, la primera idea era completar la eclesiología de manera teológica, pero prosiguiendo también de modo estructural, es decir, junto a la sucesión de Pedro, a su función única; definir mejor también la función de los obispos, del Cuerpo episcopal. Y para hacer esto se encontró la palabra «colegialidad», muy discutida, con debates enconados, y diría también, un poco exagerados. Pero era la palabra —tal vez hubiera otra, pero esta valía— para expresar que los obispos, juntos, son la continuación de los Doce, del Cuerpo de los Apóstoles. Hemos dicho: sólo un obispo, el de Roma, es sucesor de un determinado Apóstol, de Pedro. Todos los demás se convierten en sucesores de los Apóstoles entrando en el Cuerpo que continúa el Cuerpo de los Apóstoles. Así, precisamente el Cuerpo de los obispos, el colegio, es la continuación del Cuerpo de los Doce, y de este modo se hace necesario, tiene su función, sus derechos y deberes. A muchos les parecía una lucha por el poder, y tal vez alguno pensaba incluso en su poder, pero no se trataba sustancialmente de poder, sino de la complementariedad de los factores y de la integridad completa del Cuerpo de la Iglesia con los obispos, sucesores de los Apóstoles, como elementos sustentadores; y cada uno de ellos es el elemento sustentador de la Iglesia, junto a este gran Cuerpo.

Estos eran, digamos, los dos elementos fundamentales. En la búsqueda de una visión teológica completa de la eclesiología después de los años 40, en los años 50, ya había surgido entretanto un poco de crítica del concepto de Cuerpo de Cristo: «místico» sería demasiado espiritual, demasiado exclusivo; entonces se puso en juego el concepto de «Pueblo de Dios». Y el Concilio, justamente, aceptó este elemento, que entre los Padres se consideró como expresión de la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En el texto del Nuevo Testamento, la palabra «*Laos tou Theou*», correspondiente a los textos del Antiguo Testamento, significa —me parece que sólo con dos excepciones— el antiguo Pueblo de Dios, los judíos, que entre los pueblos —«*göim*»— del mundo son «el» Pueblo de Dios. Y los demás, nosotros, paganos, no somos de por sí el Pueblo de Dios, sino que nos convertimos en hijos de Abrahán, y por tanto en Pueblo de Dios, entrando en comunión con Cristo, que es la única semilla de



Abrahán. Y entrando en comunión con Él, siendo uno con Él, también nosotros somos Pueblo de Dios. Es decir, el concepto «Pueblo de Dios» implica continuidad de los Testamentos, continuidad de la historia de Dios con el mundo, con los hombres, pero implica también el elemento cristológico. Sólo a través de la cristología nos convertimos en Pueblo de Dios, y así se combinan los dos conceptos. Y el Concilio decidió crear una construcción trinitaria de la eclesiología: Pueblo de Dios Padre, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo.

Estaba el Concilio de los Padres, el verdadero concilio; y el Concilio de los medios. El primero se movió dentro de la fe; el segundo en una óptica política. El concilio virtual fue más fuerte que el real. Y creó calamidades, problemas, miserias: seminarios y conventos cerrados, liturgia banalizada. Pero la fuerza del Concilio real realiza la verdadera reforma y la verdadera renovación de la Iglesia

Sin embargo, sólo después del Concilio se aclaró un elemento que se encuentra un poco escondido incluso en el Concilio mismo, o sea: el nexo entre Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo es precisamente la comunión con Cristo en la unión eucarística. Aquí nos convertimos en Cuerpo de Cristo; esto es, la relación entre Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo crea una nueva realidad: la comunión. Y diría que después del Concilio se ha descubierto cómo en realidad el Concilio encontró, orientado hacia este concepto: la comunión como concepto central. Diría que esto no estaba aún filológicamente maduro del todo en el Concilio; pero es fruto del Concilio el que el concepto de comunión se haya transformado cada vez más en la expresión de la esencia de la Iglesia. Comunión en las distintas dimensiones: comunión con el Dios Trinitario —que es Él mismo comunión entre Padre, Hijo y Espíritu Santo—, comunión sacramental, comunión concreta en el episcopado y en la vida de la Iglesia.

Más conflictivo todavía era el problema de la Revelación. Aquí se trataba de la relación entre Escritura y Tradición. En esto, los exégetas eran los más interesados en una mayor libertad. Se sentían en una situación, digamos, de inferioridad respecto a los protestantes, los cuales hacían los grandes descubrimientos, mientras que los católicos se sentían un poco «obstaculizados» por la necesidad de someterse al Magisterio. Por tanto, aquí entraba también en juego una lucha muy concreta: ¿Qué libertad tienen los exégetas? ¿Cómo se lee bien la Escritura? ¿Qué quiere decir Tradición? Era una batalla pluridimensional, en la que ahora no me puedo extender; pero lo importante es que la Escritura es ciertamente la Palabra de Dios y la Iglesia está bajo la Escritura, obedece a la Palabra de Dios, y no está por encima de la Escritura. Y, sin embargo, la Escritura es Escritura sólo porque existe la Iglesia viva, su sujeto vivo; sin el sujeto vivo de la Iglesia, la Escritura es sólo un libro y abre, se abre a diversas interpretaciones y no llega a una claridad resolutiva.

Aquí, como he dicho, la batalla era difícil, y fue decisiva una intervención del Papa Pablo VI. Esta intervención muestra toda la delicadeza del padre, su responsabilidad por la marcha del Concilio, pero también su gran respeto por el Concilio. Se difundió la idea de que la Escritura es completa, en ella se encuentra todo; por tanto no se necesita la Tradición, y por eso el Magisterio no tiene nada que decir. Entonces el Papa envió al Concilio me parece que 14 fórmulas de una frase que había que introducir en el texto sobre la Revelación, y nos daba, daba a los Padres, la libertad de escoger una de las 14 fórmulas, pero dijo: «Hay que escoger una, para completar el texto». Me acuerdo, más o menos, de la fórmula «*non omnis certitudo de veritatibus fidei potest sumi ex Sacra Scriptura*», es decir la certeza de la Iglesia sobre la fe no nace sólo de un libro aislado, sino que necesita del sujeto Iglesia iluminado,

sostenido por el Espíritu Santo. Sólo así la Escritura habla y tiene toda su autoridad. Esta frase que elegimos en la Comisión doctrinal, una de las 14 fórmulas, diría que es decisiva para mostrar que la Iglesia es necesaria e indispensable, y entender así lo que quiere decir Tradición, el Cuerpo vivo en el que vive desde el comienzo esta Palabra y del que recibe su luz, en el que ha nacido. Ya el hecho del Canon es un hecho eclesial: que estos escritos sean la Escritura resulta de la iluminación de la Iglesia, que ha encontrado en sí misma este Canon de la Escritura; lo ha encontrado, no creado, y siempre y sólo en esta comunión de la Iglesia viva se puede también realmente entender, leer la Escritura como Palabra de Dios, como Palabra que nos guía en la vida y en la muerte.

Como he dicho, esta fue una lucha bastante difícil, pero gracias a Papa y gracias —digamos— a la luz del Espíritu Santo, que estaba presente en el Concilio, se creó un documento que es uno de los más bellos y también novedosos de todo el Concilio, y que se ha de estudiar todavía más. Porque también hoy la exégesis tiende a leer la Escritura fuera de la Iglesia, fuera de la fe, sólo con el así llamado espíritu del método histórico-crítico, método importante, pero no tanto como para dar soluciones como última certeza; sólo si creemos que estas no son palabras humanas, sino palabras de Dios, y sólo si vive el sujeto vivo al que Dios habló y habla, podemos interpretar bien la Sagrada Escritura. Y aquí, como he dicho en el prefacio de mi libro sobre Jesús (cf. vol. 1), hay mucho que hacer todavía para llegar a una lectura de verdad según el espíritu del Concilio. En esto, la aplicación del Concilio no es todavía completa, está aún por hacer.

Y, en fin, el ecumenismo. No quisiera entrar ahora en estos problemas, pero era obvio —sobre todo después de las «pasiones» de los cristianos durante el nazismo— que los cristianos podrían encontrar la unidad, al menos buscar la unidad, pero era claro también que sólo Dios puede dar la unidad. Y seguimos todavía en este camino. Entonces, con estos temas, la «alianza renana» —por decirlo así— había hecho su trabajo.

La segunda parte del Concilio es mucho más amplia. Aparecía con gran urgencia el tema: mundo de hoy, época moderna e Iglesia; y con ello los temas de la responsabilidad en la construcción de este mundo, de la sociedad; responsabilidad por el futuro de este mundo y esperanza escatológica; responsabilidad ética del cristiano y dónde encuentra su orientación. Y después la libertad religiosa, el progreso y la relación con las demás religiones. En este momento, entraron realmente en discusión todas las partes del Concilio, no sólo América, los Estados Unidos, con un gran interés por la libertad religiosa. En el tercer periodo, éstos dijeron al Papa: «No podemos volver a casa sin tener, en nuestro equipaje, una declaración sobre la libertad religiosa votada por el Concilio». El Papa, sin embargo, tuvo la

Nuevo presidente del Consejo de superintendencia del IOR

La Oficina de información de la Santa Sede hizo público el viernes 15 de febrero de 2013, en italiano e inglés, el siguiente comunicado.

La Comisión cardenalicia de vigilancia del Instituto para las Obras de religión (I.O.R.) ha dispuesto el nombramiento, a tenor de los estatutos, del nuevo presidente del Consejo de superintendencia en la persona del abogado Ernst von Freyberg. Los otros cuatro miembros del Consejo de superintendencia mantienen su cargo.

Tal decisión es el resultado de profunda evaluación y de diversas entrevistas realizadas por la Comisión cardenalicia, siempre con el apoyo del Consejo de superintendencia.

Se trató de un itinerario de algunos meses, meticuloso y articulado, que ha permitido considerar numerosos perfiles de alto nivel profesional y moral, con la asistencia también de una agencia internacional independiente, líder en la selección de altos dirigentes de empresa.

El Santo Padre, que ha seguido de cerca todo el proceso de selección y de elección del nuevo presidente del Consejo de superintendencia del I.O.R., ha expresado su pleno consentimiento a la decisión de la Comisión cardenalicia.

Oficina de información de la Santa Sede

Comunicado

Renovación de la Comisión cardenalicia de vigilancia del Instituto para las Obras de religión (I.O.R.)

El sábado 16 de febrero, el Santo Padre ha renovado, por un quinquenio, la Comisión cardenalicia de vigilancia del Instituto para las Obras de religión (I.O.R.).

La nueva Comisión de vigilancia resulta compuesta por los cardenales: Tarcisio Bertone, secretario de Estado, presidente; Jean-Louis Tauran, presidente del Consejo pontificio para el diálogo interreligioso; Odilo P. Scherer, arzobispo de São Paulo - Brasil; Telesphore P. Toppo, arzobispo de Ranchi - India, y Domenico Calicchio, presidente de la Administración del patrimonio de la Sede apostólica, que sucede al cardenal Attilio Nicora, presidente de la Autoridad de información financiera (A.I.F.).

Benedicto XVI con los sacerdotes de Roma

VIENE DE LA PÁGINA 10

firmeza y la decisión, la paciencia de trasladar el texto al cuarto período, para encontrar una madurez y un consenso bastante completo entre los Padres del Concilio. Digo: no sólo entraron con gran fuerza en el dinamismo del Concilio los americanos, sino también Latinoamérica, conociendo bien la miseria del pueblo, de un continente católico, así como la responsabilidad de la fe por la situación de estos hombres. Y también África y Asia, vieron la necesidad del diálogo interreligioso; se habían desarrollado problemas que nosotros alemanes —debo decir— no habíamos visto al comienzo. No puedo ahora describir todo esto. El gran documento «*Gaudium et spes*» analizó muy bien el problema entre escatología cristiana y progreso mundano, entre responsabilidad por la sociedad del mañana y responsabilidad del cristiano ante la eternidad, y así ha renovado también la ética cristiana, los fundamentos. Pero creció, digamos inesperadamente, fuera de este

gran documento, un texto que respondía de modo más sintético y más concreto a los desafíos del tiempo, y es la «*Nostra aetates*». Nuestros amigos judíos estaban presentes desde el comienzo, y dijeron, sobre todo a nosotros alemanes, pero no sólo a nosotros, que después de los tristes sucesos de este siglo nazi, del decenio nazi, la Iglesia católica debía decir una palabra sobre el Antiguo Testamento, sobre el pueblo judío. Dijeron: «Aunque está claro que la Iglesia no es responsable de la Shoah, los que cometieron aquellos crímenes eran en gran parte cristianos; debemos profundizar y renovar la conciencia cristiana, aun sabiendo bien que los verdaderos creyentes siempre han resistido contra estas cosas». Y así aparecía claro que la relación con el mundo del antiguo Pueblo de Dios debía ser objeto de reflexión. Es comprensible también que los países árabes —los obispos de los países árabes— no fueran tan entusiastas con esto: tenían un poco una glorificación del Estado de Israel, que naturalmente no querían. Dijeron: «Bien, una indicación verdaderamente teológica sobre el pueblo judío es buena, es necesaria, pero si habláis de esto, hablad también del Islam; sólo así estamos en equilibrio; también el Islam es un gran desafío y la Iglesia debe aclarar también su relación con el Islam». Algo que nosotros, en aquel momento, no habíamos entendido mucho, un poco tal vez, pero no mucho. Hoy sabemos lo necesario que era.

Cuando comenzamos a trabajar también sobre el Islam, nos dijeron: «Pero hay también otras religiones en el mundo: toda Asia. Pensad en el budismo, el hinduismo...». Y así, en lugar de una Declaración inicialmente pensada sólo sobre el antiguo Pueblo de Dios, se creó un texto sobre el diálogo interreligioso, anticipando lo que treinta años después se mostró con toda su intensidad e importan-

cia. No puedo entrar ahora en este tema, pero si se lee el texto, se ve que es muy denso y preparado verdaderamente por personas que conocían la realidad, y con pocas palabras indica brevemente lo esencial. Así también el fundamento de un diálogo, en la diferencia, en la diversidad, en la fe sobre la unicidad de Cristo, que es uno, y no es posible para un creyente pensar que las religiones son todas variaciones de un mismo tema. No, está la realidad del Dios vivo que ha hablado, y es un Dios, es un Dios encarnado, por tanto una Palabra de Dios, que es realmente Palabra de Dios. Pero está la experiencia religiosa, con una cierta luz humana de la creación y, por tanto, es necesario y posible entrar en diálogo, y así abrirse el uno al otro y abrir a todos a la paz de Dios, de todos sus hijos, de toda su familia.

Por tanto, estos dos documentos, libertad religiosa y «*Nostra aetates*», conectados con «*Gaudium et spes*», son una trilogía muy importante, cuya importancia se ha visto sólo en el



curso de los decenios, y todavía estamos trabajando para entender mejor este conjunto entre unicidad de la Revelación de Dios, unicidad del único Dios encarnado en Cristo, y la multiplicidad de las religiones, con las que buscamos la paz y también el corazón abierto por la luz del Espíritu Santo, que ilumina y guía hacia Cristo.

Quisiera ahora añadir todavía un tercer punto: Estaba el Concilio de los Padres —el verdadero Concilio—, pero estaba también el Concilio de los medios de comunicación. Era casi un Concilio aparte, y el mundo percibió el Concilio a través de éstos, a través de los medios. Así pues, el Concilio inmediatamente eficiente que llegó al pueblo fue el de los medios, no el de los Padres. Y mientras el Concilio de los Padres se realizaba dentro de la fe, era un Concilio de la fe que busca el *intellectus*, que busca comprenderse y comprender los signos de Dios en aquel momento, que busca responder al desafío de Dios en aquel momento y encontrar en la Palabra de Dios la palabra para hoy y para mañana; mientras todo el Concilio —como he dicho— se movía dentro de la fe, como *fides quaerens intellectum*, el Concilio de los periodistas no se desarrollaba naturalmente dentro de la fe, sino dentro de las categorías de los medios de comunicación de hoy, es decir, fuera de la fe, con una hermenéutica distinta. Era

una hermenéutica política. Para los medios de comunicación, el Concilio era una lucha política, una lucha de poder entre diversas corrientes en la Iglesia. Era obvio que los medios de comunicación tomaran partido por aquella parte que les parecía más conforme con su mundo. Estaban los que buscaban la descentralización de la Iglesia, el poder para los obispos y después, a través de la palabra «Pueblo de Dios», el poder del pueblo, de los laicos. Estaba esta triple cuestión: el poder del Papa, transferido después al poder de los obispos y al poder de todos, soberanía popular. Para ellos, naturalmente, esta era la parte que había que aprobar, que promulgar, que favorecer. Y así también la liturgia: no interesaba la liturgia como acto de la fe, sino como algo en lo que se hacen cosas comprensibles, una actividad de la comunidad, algo profano. Y sabemos que había una tendencia a decir, fundada también históricamente: Lo sagrado es una cosa pagana, eventualmente también del Antiguo Testamento. En el Nuevo vale sólo que Cristo ha

muerto fuera: es decir, fuera de las puertas, en el mundo profano. Así pues, sacralidad que ha de acabar, profano también el culto. El culto no es culto, sino un acto del conjunto, de participación común, y una participación como mera actividad. Estas traducciones, banalización de la idea del Concilio, han sido virulentas en la aplicación práctica de la Reforma litúrgica; nacieron en una visión del Concilio fuera de su propia clave, de la fe. Y así también en la cuestión de la Escritura: la Escritura es un libro histórico, que hay que tratar históricamente y nada más, y así sucesivamente.

Sabemos en qué medida este Concilio de los medios de comunicación fue accesible a todos. Así, esto era lo dominante, lo más eficiente, y ha provocado tantas calamidades, tantos problemas; realmente tantas miserias: seminarios cerrados, conventos cerrados, liturgia banalizada... y el verdadero Concilio ha tenido dificultad para concretizarse, para realizarse; el Concilio virtual era más fuerte que el Concilio real. Pero la fuerza real del Concilio estaba presente y, poco a poco, se realiza cada vez más y se convierte en la fuerza verdadera que después es también reforma verdadera, verdadera renovación de la Iglesia. Me parece que, 50 años después del Concilio, vemos cómo este Concilio virtual se rompe, se pierde, y aparece el verdadero Concilio con toda su fuerza espiritual. Nuestra tarea, precisamente en este Año de la fe, es comenzar por este Año de la fe, es la de trabajar para que el verdadero Concilio, con la fuerza del Espíritu Santo, se realice y la Iglesia se renueve realmente. Confiamos en que el Señor nos ayude. Yo, retirado en mi oración, estaré siempre con vosotros, y juntos avanzamos con el Señor, con esta certeza: ¡El Señor vence! Gracias.



Audiencias pontificias

EL SANTO PADRE
HA RECIBIDO EN AUDIENCIA:

Viernes 15 de febrero

—Al presidente de Rumanía, Traian Băsescu, con su esposa y el séquito.

A los obispos de Italia, de la Conferencia episcopal de Liguria, en visita «ad limina Apostolorum»:

—Cardenal Angelo Bagnasco, arzobispo de Génova.

—Monseñor Martino Canessa, obispo de Tortona.

—Monseñor Mario Oliveri, obispo de Albenga-Imperia.

—Monseñor Alberto Maria Carreggio, obispo de Ventimiglia-San Remo.

—Monseñor Alberto Tanasini, obispo de Chiavari.

—Monseñor Luigi Ernesto Palletti, obispo de La Spezia-Sarzana-Brugnato.

—Monseñor Vittorio Lupi, obispo de Savona-Noli

Sábado, día 16

—Al presidente de la República de Guatemala, Otto Pérez Molina, con su esposa y el séquito.

—Al senador Mario Monti, presidente del Consejo de ministros de Italia.

A los obispos de Italia, de la Conferencia episcopal de Lombardía, en visita «ad limina Apostolorum»:

—Cardenal Angelo Scola, arzobispo de Milán, con los auxiliares: monseñor Erminio De Scalzi, obispo titular de Arbano; monseñor Luigi Stucchi, obispo titular de Orrea; y monseñor Mario Enrico Delpini, obispo titular de Stefaniaco.

—Al cardenal Dionigi Tettamanzi, arzobispo emérito de Milán; administrador apostólico de Vigevano.

—Monseñor Giovanni Giudici, obispo de Pavia.

—Monseñor Dante Lafronconi, obispo de Cremona.

—Monseñor Luciano Monari, obispo de Brescia.

—Monseñor Giuseppe Merisi, obispo de Lodi.

—Monseñor Diego Coletti, obispo de Como.

—Monseñor Francesco Beschi, obispo de Bérgamo.

—Monseñor Oscar Cantoni, obispo de Crema.

—Monseñor Roberto Busti, obispo de Mantova.

Colegio episcopal

Monseñor Ramón Alfredo Dus, arzobispo de Resistencia (Argentina)
Monseñor Fabio Martínez Castilla, arzobispo de Tuxtla Gutiérrez (México)
Monseñor Miguel Ángel D'Annibale, obispo de Río Gallegos (Argentina)

Monseñor Joaquín Pinzón, vicario apostólico de Puerto Leguizamo-Solano (Colombia)

RENUNCIAS:

El Papa ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la arquidiócesis de Resistencia (Argentina) que monseñor FABRICIANO SIGAMPA le había presentado en conformidad con el canon 401 § 1 del Código de derecho canónico.

Fabriciano Sigampa nació en Vichigasta, diócesis de La Rioja, el 15 de septiembre de 1936. Recibió la ordenación sacerdotal el 12 de diciembre de 1970. Juan Pablo II lo nombró obispo de Reconquista el 9 de marzo de 1985; recibió la ordenación episcopal el 3 de mayo del mismo año. El Santo Padre lo trasladó a la diócesis de La Rioja el 30 de diciembre de 1992. Benedicto XVI lo promovió a arzobispo de Resistencia el 17 de noviembre de 2005.

El Papa ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la diócesis de Itabira-Fabriciano (Brasil) que monseñor ODILON GUIMARÃES MOREIRA le había presentado en conformidad con el canon 401 § 2 del Código de derecho canónico.

Odilon Guimarães Moreira nació en Presidente Bernardes, diócesis de Presidente Prudente, el 9 de enero de 1939. Recibió la ordenación sacerdotal el 23 de enero de 1969. Juan Pablo II lo nombró obispo titular de Fiumepiscense y auxiliar de la arquidiócesis de Vitória el 4 de agosto de 1999; recibió la ordenación episcopal el 24 de octubre sucesivo. El mismo Papa lo nombró obispo residencial de Itabira-Fabriciano el 22 de enero de 2003.

El Papa ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la diócesis de Churchill-Baie d'Hudson (Canadá) que monseñor REYNALD ROULEAU, O.M.I. le había presentado en conformidad con el canon 401 § 1 del Código de derecho canónico.

Reynald Rouleau, O.M.I. nació en Saint-Jean-de-Dieu, arquidiócesis de Rimouski, el 30 de noviembre de 1935. Recibió la ordenación sacerdotal el 2 de febrero de 1963. Juan Pablo II lo nombró obispo de Churchill-Baie d'Hudson el 15 de mayo de 1987; recibió la ordenación episcopal el 29 de julio del mismo año.

EL PAPA HA NOMBRADO:

—Arzobispo de Resistencia (Argentina) a monseñor RAMÓN ALFREDO DUS, hasta ahora obispo de Reconquista.

Ramón Alfredo Dus nació en San Lorenzo, arquidiócesis de Corrientes, el 22 de mayo de 1956. Recibió

la ordenación sacerdotal el 8 de diciembre de 1980. Benedicto XVI lo nombró obispo titular de Tibica y auxiliar de la diócesis de Reconquista el 5 de agosto de 2005; recibió la ordenación episcopal el 17 de septiembre sucesivo. El Santo Padre lo nombró obispo residencial de Reconquista el 26 de marzo de 2008.

—Arzobispo de Tuxtla Gutiérrez (México) a monseñor FABIO MARTÍNEZ CASTILLA, hasta ahora obispo de Ciudad Lázaro Cárdenas.

Fabio Martínez Castilla nació en Isla Mujeres, prelatura territorial de Cancún-Chetumal, el 20 de julio de 1950. Recibió la ordenación sacerdotal el 31 de enero de 1977. Benedicto XVI lo nombró obispo de Ciudad Lázaro Cárdenas el 13 de marzo de 2007; recibió la ordenación episcopal el 4 de mayo sucesivo.

—Arzobispo de Túnez al presbítero ILARIO ANTONIAZZI.

Ilario Antoniazzi nació en Rai, diócesis de Vittorio Veneto (Italia), el 23 de abril de 1948. Recibió la ordenación sacerdotal el 24 de junio

de 1972, incardinado en el Patriarcado de Jerusalén de los latinos. Se licenció en teología espiritual en el Instituto Teresianum de Roma. Desempeñó su ministerio en diversas zonas de Jordania e Israel, donde, en el último período era párroco en Rameh, Galilea.

—Obispo de Itabira-Fabriciano (Brasil) al presbítero MARCO AURELIO GUBIOTTI.

Marco Aurélio Gubiotti nació en Ouro Fino, arquidiócesis de Pouso Alegre, el 21 de octubre de 1963. Re-

SIGUE EN LA PÁGINA 13

Curia romana

El Papa ha nombrado subsecretario de la Congregación para la educación católica al padre FRIEDRICH BECHINA, F.S.O., oficial del mismo dicasterio.

Friedrich Bechina, F.S.O., es austríaco y nació en 1966. Ingresó en la Familia espiritual «La Obra», donde recibió la ordenación sacerdotal el 31 de agosto de 1996.

Representaciones pontificias

El Santo Padre ha nombrado nuncio apostólico en Malta a monseñor ALDO CAVALLI, arzobispo titular de Vibo Valentia, hasta ahora nuncio apostólico en Colombia.

Aldo Cavalli nació en Maggiano di Lecco, arquidiócesis de Milán (Italia), el 18 de octubre de 1946. Recibió la ordenación sacerdotal el 18 de marzo de 1971, incardinado en la diócesis de Bérgamo. Se doctoró en ciencias políticas. Entró en el servicio diplomático de la Santa Sede el 15 de abril de 1979. Juan Pablo II lo nombró arzobispo titular de Vibo Valentia, nuncio apostólico en Santo Tomé y Príncipe, y delegado apostólico en Angola el 2 de julio de 1996; recibió la ordenación episcopal el 26 de agosto de dicho año. El Papa, cuando se establecieron las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y la República de Angola el 1 de septiembre de 1997, lo nombró nuncio apostólico en Angola; y el 28 de junio de 2001 lo trasladó como nuncio apostólico a Chile. Benedicto XVI lo nombró nuncio apostólico en Colombia el 29 de octubre de 2007.

Nuevas circunscripciones eclesísticas

El Santo Padre ha elevado a la categoría de diócesis la prelatura territorial de CAMETÁ (Brasil).

El Papa ha erigido el nuevo vicariato apostólico de PUERTO LEGUIZAMO-SOLANO (Colombia) con territorio desmembrado del vicariato apostólico de San Vicente-Puerto Leguizamo.

El nuevo vicariato apostólico tiene una extensión de 64.000 km² y cuenta con una población de 46.000 habitantes, de los cuales 36.000 son católicos. Pastoralmente están distribuidos en seis parroquias y son atendidos por siete sacerdotes religiosos. También desempeñan su misión en esa circunscripción eclesística ocho religiosos. En la actualidad hay dos seminaristas mayores. El templo parroquial de Nuestra Señora del Carmen pasa a ser iglesia catedral del nuevo vicariato apostólico.

Colegio episcopal

VIENE DE LA PÁGINA 12

cibió la ordenación sacerdotal el 14 de diciembre de 1989. Se licenció en teología bíblica en São Paulo. En su ministerio ha desempeñado los siguientes cargos: vicario parroquial, párroco, rector del Instituto teológico interdiocesano de Pouso Alegre, rector de la Facultad católica de Pouso Alegre, profesor de teología y miembro del consejo presbiteral.

—Obispo de Churchill-Baie d'Hudson (Canadá) al padre WIESLAW KRÓTKI, O.M.I.

Wieslaw Krótki, O.M.I., nació en Istebna, diócesis de Katowice (Polonia), el 12 de junio de 1964. Ingresó en la congregación de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada, donde recibió la ordenación sacerdotal el 19 de junio de 1990. Ha desempeñado su ministerio como misionero en distintos lugares de Canadá, asistente y luego superior de la delegación de los Oblatos de Hudson Bay. En el último período era misionero en Iglolik.

—Obispo de Río Gallegos (Argentina) a monseñor MIGUEL ÁNGEL D'ANNIBALE, hasta ahora obispo titular de Nasai y auxiliar de Río Gallegos.

Lutos en el episcopado

—Monseñor JACQUES NGUYÊN VAN MAU, obispo emérito de Vinh Long (Vietnam), falleció el 31 de enero. Había nacido en Bà Rịa, diócesis de Phú Cuong, el 22 de enero de 1914. Era sacerdote desde el 21 de septiembre de 1940. Pablo VI lo nombró obispo de Vinh Long el 12 de julio 1968; recibió la ordenación episcopal el 12 de septiembre sucesivo. Juan Pablo II aceptó su renuncia al gobierno pastoral de dicha sede el 3 de julio de 2001.

—Monseñor IGNACE BAGUIBASSA SAMBAR-TALKENA, obispo emérito de Kara (Togo), falleció el 3 de febrero. Había nacido en Baga, diócesis de Kara, el 31 de marzo de 1935. Era sacerdote desde el 30 de junio de 1963. Juan Pablo II lo nombró obispo de Kara el 30 de noviembre de 1996; recibió la ordenación episcopal el 6 de enero de 1997. Benedicto XVI aceptó su renuncia al gobierno pastoral de la diócesis el 7 de enero de 2009.

—Monseñor AMEDEUS MSARIKIE, obispo emérito de Moshi (Tanzania), falleció el 7 de febrero. Había nacido en Makundushi, diócesis de Moshi, en el mes de septiembre del año 1931. Era sacerdote desde el 8 de agosto de 1961. Juan Pablo II lo nombró obispo de la diócesis de Moshi el 21 de marzo de 1986; recibió la ordenación episcopal el 1 de mayo del mismo año. Benedicto XVI aceptó su renuncia al gobierno pastoral de la diócesis de Moshi el 21 de noviembre de 2007.

—Monseñor OSWALDO BRENES ÁLVAREZ, obispo emérito de Ciudad Quesada (Costa Rica), falleció el 11 de febrero. Había nacido en Liberia, diócesis de Tilarán-Liberia, el 5

Miguel Ángel D'Annibale nació en Florida, diócesis de San Isidro, el 27 de marzo de 1959. Recibió la ordenación sacerdotal el 6 de diciembre de 1985. Benedicto XVI lo nombró obispo titular de Nasai y auxiliar de Río Gallegos el 19 de febrero de 2011; recibió la ordenación episcopal el 29 de abril del mismo año.

—Obispo de Floresta (Brasil) al presbítero GABRIELE MARCHESE.

Gabriele Marchesi nació en Incisa Valdarno, diócesis de Fiésole (Italia), el 16 de septiembre de 1953. Recibió la ordenación sacerdotal el 6 de julio de 1978. Inició su ministerio pastoral en su diócesis de origen, donde ha sido vicario parroquial, párroco, director de la Oficina misionera diocesana y miembro del consejo presbiteral y del colegio de consultores. En 2003 marchó como sacerdote «fidei donum» a la diócesis brasileña de Viana, donde, en el último período era párroco, coordinador de pastoral y vicario episcopal.

—Obispo de Kayes (Malí) al presbítero JONAS DEMBELE.

Jonas Dembelé nació en Sokoura, diócesis de San, el 15 de mayo de

de agosto de 1942. Era sacerdote desde el 18 de diciembre de 1966. Benedicto XVI lo nombró obispo de Ciudad Quesada el 19 de marzo de 2008; recibió la ordenación episcopal el 24 de mayo dicho año. El Papa aceptó su renuncia al gobierno pastoral de dicha sede el 31 de diciembre de 2012.

—Monseñor JESÚS RAMÓN MARTÍNEZ DE EZQUERECOA SUSO, obispo emérito de Babahoyo (Ecuador), falleció el 17 de febrero. Había nacido en Jungaitu, diócesis de Vitoria (España), el 31 de agosto de 1935. Era sacerdote desde el 9 de agosto de 1959. Juan Pablo II lo nombró prelado de la entonces prelatura territorial de Los Ríos el 28 de junio de 1984. El Santo Padre, al elevar dicha circunscripción eclesiástica a la categoría de diócesis con la denominación de Babahoyo, el 22 de agosto de 1994, lo nombró primer obispo de la nueva diócesis; recibió la ordenación episcopal el 15 de octubre del mismo año. Benedicto XVI aceptó su renuncia al gobierno pastoral de dicha sede el 27 de marzo de 2008.

—Monseñor ANTHONY THEODORE LOBO, obispo emérito de Islamabad-Rawalpindi (Pakistán), falleció el 18 de febrero. Había nacido en Karachi el 4 de julio de 1937. Era sacerdote desde el 8 de enero de 1961. Juan Pablo II lo nombró obispo titular de Escio y auxiliar de Karachi el 8 de junio de 1982; recibió la ordenación episcopal el 1 de octubre sucesivo. El mismo Papa lo nombró obispo residencial de Islamabad-Rawalpindi el 28 de mayo de 1993. Benedicto XVI aceptó su renuncia al gobierno pastoral de dicha sede el 18 de febrero de 2010.

1963. Recibió la ordenación sacerdotal el 12 de julio de 1992. Ha sido vicario parroquial, párroco y secretario general de la unión del clero diocesano de San y de la unión nacional del clero de Malí.

—Obispo de Moulins (Francia) a monseñor LAURENT PERCEROU.

Laurent Percerou nació en Dreux, diócesis de Chartres, el 11 de septiembre de 1961. Recibió la ordenación sacerdotal el 14 de junio de 1992. Obtuvo la licenciatura en teología bíblica en el Instituto católico de París. En su ministerio ha desempeñado los siguientes cargos: párroco, responsable del servicio diocesano para las vocaciones, vicario general, moderador de Curia, administrador diocesano de Chartres y responsable del servicio diocesano para la catequesis.

—Obispo de Pontoise (Francia) a monseñor STANISLAS LALANNE, hasta ahora obispo de Coutances.

Stanislas Lalanne nació en Metz, diócesis de Coutances, el 3 de agosto de 1948. Recibió la ordenación sacerdotal el 8 de noviembre de 1975; incardinado en la diócesis de Versalles. Benedicto XVI lo nombró obispo de Coutances el 4 de abril de 2007; recibió la ordenación episcopal el 3 de junio del mismo año.

—Obispo de la nueva diócesis de Cametá (Brasil) a monseñor JESÚS MARÍA CIZAUURRE BERDONCES, O.A.R., hasta ahora obispo prelado.

Jesús María Cizaurre Berdonces, O.A.R., nació en Valtierra (Navarra, España) el 6 de enero de 1952. Ingresó en la Orden de Agustinos Recoletos, donde recibió la ordenación sacerdotal el 26 de junio de 1976. Juan Pablo II lo nombró obispo-prelado de la prelatura territorial de Cametá el 23 de febrero de 2000; recibió la ordenación episcopal el 7 de mayo del mismo año.

—Obispo titular de Massita y auxiliar de París (Francia) a monseñor MICHEL AUPETIT.

Michel Aupetit nació en Versalles el 23 de marzo de 1951. Es doctor en medicina. Recibió la ordenación sacerdotal el 24 de junio de 1995; incardinado en la archidiócesis de París. En su ministerio ha desempeñado los siguientes cargos: vicario parroquial, capellán en centros educativos, párroco, delegado decanal y, desde 2006, vicario general de la archidiócesis de París y miembro del consejo presbiteral.

—Obispo titular de Naisso y auxiliar de la archidiócesis de Brasilia (Brasil) al presbítero VALDIR MAMEDE.

Valdir Mamede nació en Silvianópolis, archidiócesis de Pouso Alegre, el 21 de julio de 1961. Recibió la ordenación sacerdotal el 21 de mayo de 1988. Obtuvo el doctorado en derecho canónico en la Pontificia Universidad Lateranense de Roma. En su ministerio ha sido vicario parroquial, párroco en Río de Janeiro y en Brasilia y vicario judicial.

—Obispo titular de Baanna y auxiliar de la archidiócesis de Dar-es-Salaam (Tanzania) al presbítero TITUS KOSEPH MDOE.

Titus Koseph Mdoe nació en Lushoto, diócesis de Tanga, el 19 de marzo 1961. Recibió la ordenación sacerdotal el 24 de junio de 1986. En su ministerio ha desempeñado los siguientes cargos: vicario en diferentes parroquias, director diocesano para las vocaciones y para la juventud; párroco; administrador de la catedral de Tanga; y, en el último período, vicedirector de un centro de estudios en la diócesis de Mtwara.

—Obispo titular de Zabi y auxiliar del Ordinariato militar para Estados Unidos al presbítero ROBERT J. COYLE.

Robert J. Coyle nació en Brooklyn (Nueva York) el 23 de septiembre de 1964. Recibió la ordenación sacerdotal el 25 de mayo de 1991, incardinado en la diócesis de Rockville Centre. Ha desempeñado su ministerio como vicario parroquial hasta su ingreso en el Ordinariato como capellán militar, donde prestó servicio por diez años. En el último período era párroco.

—Obispo titular de Gor y auxiliar de la archidiócesis de Hamilton (Canadá) al presbítero DANIEL MIEHM.

Daniel Miehme nació en Kitchner el 27 de agosto de 1960. Recibió la ordenación sacerdotal el 6 de mayo de 1989. Obtuvo la licenciatura en derecho canónico en la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino de Roma. Ha desempeñado su ministerio como vicario parroquial, defensor del vínculo en el tribunal eclesiástico de Hamilton y párroco.

—Obispo titular de Giufi y auxiliar de la archidiócesis de Curitiba (Brasil) al presbítero JOSÉ MÁRIO ANGOSENE.

José Mário Angonese nació en Unistalda, diócesis de Uruguaiana, el 1 de junio de 1960. Recibió la ordenación sacerdotal el 16 de diciembre de 1989, incardinado en la diócesis de Santa María. Obtuvo la licenciatura en filosofía en Canoas. Ha sido asistente en el seminario menor, donde más tarde fue primero director espiritual y luego rector; promotor de pastoral vocacional; párroco; y rector del seminario mayor.

—Obispo titular de Ottocio y vicario apostólico del nuevo vicariato de Puerto Leguizamo-Solano (Colombia) al padre JOAQUÍN HUMBERTO PINZÓN GÜIZA, I.M.C.

Joaquín Humberto Pinzón Güiza, I.M.C., nació en Berbeo, diócesis de Vélez, el 3 de julio de 1969. Ingresó en el instituto de los Misioneros de la Consolata, donde recibió la ordenación sacerdotal el 7 de agosto de 1999. Obtuvo la licenciatura en Sagrada Escritura en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Ha sido vicario parroquial, vicerrector del seminario internacional de su congregación en Bogotá, rector del seminario teológico en la misma ciudad, profesor, consejero regional de su instituto en Colombia-Ecuador, y, desde 2011, era superior regional de los Misioneros de la Consolata en Colombia-Ecuador.

Mensaje de la Comisión pontificia para América Latina con motivo del Día de Hispanoamérica (3 de marzo) en las diócesis de España

América, puerta abierta a la misión

La tradicional cita anual, que desde 1959 convoca a todas las diócesis de España para celebrar el *Día de Hispanoamérica*, tendrá lugar el domingo 3 de marzo de 2013, bajo el lema: «América, puerta abierta a la misión».

Esta jornada, que ayuda a mantener vivos los vínculos de solidaridad, comunión y colaboración evangelizadora entre España y América, se realiza en el 2013 en pleno decurso del Año de la fe, convocado por S.S. Benedicto XVI e inaugurado con la celebración eucarística presidida por el Papa, en San Pedro, el 14 de octubre pasado. La carta apostólica de convocación de este año de gracia se llama precisamente *Porta fidei*: «La puerta de la fe» (cf. *Hch* 14, 27), que introduce en la vida de la comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, que está siempre abierta para nosotros» (cf. *PF* 1). El Año de la fe plantea «la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo del encuentro con Cristo» (*PF* 2) y de confesarla «con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza» (*PF* 9). La puerta de la fe nos trae a la memoria aquella invitación urgida del beato Juan Pablo II en la inauguración de su pontificado: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid, y aún de par en par, las puertas a Cristo! A su salvadora potestad abrid los confines de los Estados, los sistemas económicos al igual que los políticos, los amplios campos de cultura, de civilización, de desarrollo» (Roma, 22 de octubre de 1978).

La expresión «Puerta de la fe» recuerda también las enseñanzas que Juan Pablo II nos dejó hace 15 años en la exhortación apostólica *Ecclesia in America*. Ante un mundo roto y desorientado, ante una situación en la que las gentes están abandonando la fe «es necesario proclamar con gozo y fe firme que Dios es comunión... Esta comunión, existente en la Iglesia y esencial a su naturaleza, debe manifestarse a través de signos concretos» (n. 33). Entre otros signos destaca con admirable atractivo la cooperación entre las Iglesias de España y las de América Latina. Desde el Evangelio se entiende la apertura de esta «Puerta de la fe» por la que entran nuevos evangelizadores procedentes de otros lugares como lo hicieron los Apóstoles después de Pentecostés, y por la que salen discípulos misioneros a proclamar por el mundo la Buena Nueva del Evangelio.

América, puerta de entrada para misioneros venidos de fuera

«El Año de la fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad» (*PF* 14). El grito paulino «*Caritas Christi urget nos*» (2 *Cor* 5, 14), recogido y

glosado por S.S. Benedicto XVI, es una irrenunciable interpelación al compromiso misionero. Es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Este amor es el que movió a los Apóstoles a salir de su tierra y extender el Evangelio por el mundo entero. También hoy como ayer, Él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. *PF* 7). ¿Acaso no recordamos que «la fe se fortalece dándola» (*RM*, 2). «La fe crece —nos enseña Benedicto XVI en *Porta fidei*, 7— cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo». En efecto, «la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones» (*RM*, 2).

Este impulso misionero siempre ha sido, y sigue siéndolo, el mejor indicador de la vitalidad de fe de la

bautizadas en la Iglesia católica. Fue también por el ímpetu misionero que la fe suscitaba y alimentaba por el que millares de sacerdotes diocesanos, de religiosos y religiosas, y laicos cooperadores de toda España, han proseguido hasta la actualidad ese empeño misionero, conmovidos por la gracia de anunciar las inescrutables riquezas de Cristo (cf. *Ef* 3, 8).

De los misioneros llegados a las fronteras de América Latina cabe destacar aquellos sacerdotes diocesanos que, acogidos al servicio de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (OCSHA) de la Conferencia Episcopal Española, dejaron su tierra y partieron para cooperar con aquellas Iglesias más necesitadas. Motivo por el que Juan Pablo II, en el 50 aniversario del nacimiento de esta iniciativa, manifestaba su deseo de unirse «a la acción de gracias al Señor por los más de dos mil sacerdotes de las diócesis españolas que han dedicado buena

parte de su vida a colaborar con otras Iglesias hermanas, movidos ante todo por la fuerza de su fe en Cristo, cuya novedad y riqueza no pueden esconder ni conservar para sí (cf. *RM*, 11), así como por el aliento y la solicitud pastoral de sus obispos, conscientes de su responsabilidad común respecto a la Iglesia universal (cf. *LG*, 23; *OT*, 10)» (Roma, 3 de junio de 1999).

Actualmente, los misioneros españoles siguen encontrando las puertas abiertas para la misión en América Latina. De las Iglesias locales de España cada año salen nuevas vocaciones misioneras para colaborar con aquellas que aún están en proceso de formación. Hecho que nos ha de mover a una continua acción de gracias a Dios y a las comunidades cristianas que los envían. Cada año parten para aquellas Iglesias nuevos misioneros religiosos y religiosas, sacerdotes y laicos para anunciar el Evangelio. Entre ellos también sacerdotes diocesanos que, sin perder su incardinación en la Iglesia de origen, hacen visible la universalidad de las Iglesias locales al vivir el ministerio sacerdotal en otras zonas pastorales más necesitadas y aún en procesos de iniciación cristiana. No dudamos, pues, que no faltarán hoy ni mañana muchos otros misioneros disponibles para dar testimonio de su condición de discípulos en los pueblos americanos, para alimentar la fe de los hermanos al otro lado del océano, mientras que, a la vez, se produce un enriquecimiento de las comunidades que los envían.

Nuevo ardor de la evangelización: la conversión pastoral

El documento *Instrumentum laboris*, del XIII Sínodo de Obispos, dejaba claro en su prefacio que es «urgente, hoy más que nunca, la activi-

dad misionera de la Iglesia, considerando el alto número de personas que no conocen a Jesucristo, no solo en tierras lejanas, sino también en los países de antigua evangelización». Esta solicitud por la evangelización en buena medida depende del renovado dinamismo misionero de las comunidades cristianas. Compromiso misionero que la Iglesia en América ha asumido con el proyecto evangelizador de la Misión Continental, proclamado desde la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida (mayo de 2007) e iniciado a partir de la clausura del Congreso Americano Misionero en Quito (agosto de 2008).

La reciente Asamblea general del Sínodo de los Obispos, reunida para examinar el tema de «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana» ha reforzado este compromiso misionero. América Latina necesita una nueva evangelización ante la realidad del cambio tan profundo que se está operando en el interior de la sociedad americana. Su intenso crecimiento económico ha incrementado sus clases medias, ha visto nuevos sectores populares emergentes, ha puesto en ebullición comunidades y pueblos indígenas, ha desarrollado nuevos areópagos en los campos de la política, de las universidades, de los medios de comunicación social. Quedan, a la vez, muchos sectores marginados, excluidos, y los rostros de la pobreza y del sufrimiento se encuentran en las periferias miserables de las grandes ciudades, en los ancianos solos, en las mujeres abandonadas, en los inmigrantes sometidos a toda clase de violencia, en las cada vez más numerosas víctimas del alcohol y las drogas, en los atentados por las redes de delincuencia y violencia. La cultura global del relativismo y del hedonismo penetra también la realidad latinoamericana por doquier, erosiona la religiosidad popular, atenta contra la institución familiar y la cultura de la vida y deja a los jóvenes desconcertados, muchas veces huérfanos de padres, maestros, educadores. Todos estos son ámbitos humanos interperantes que nos quieren poner en camino para pasar por la puerta que nos lleva a la misión en América y para colaborar en abrir a Cristo las puertas del corazón de los latinoamericanos.

Para ello la Iglesia en América Latina ha asumido como principal compromiso misionero la conversión pastoral. Esta toma de conciencia arranca de la conversión personal, entendida como la aceptación de la llegada del Reino de Dios y el compromiso de incorporarse como discípulos de Cristo para darlo a conocer al mundo. Conversión pastoral, tanto de las personas como de las estructuras de la Iglesia. Este «estado permanente de misión» implica una gran disponibilidad a repensar y reformar muchas estructuras pastorales, teniendo como principio constitutivo la espiritualidad de la comunión y la audacia misionera.

En sintonía con el mensaje de la exhortación apostólica *Ecclesia in America*, la Comisión Pontificia para América Latina y los Caballeros de Colón han realizado en el Vaticano



La cultura global del relativismo y del hedonismo penetra también la realidad latinoamericana por doquier, erosiona la religiosidad popular, atenta contra la institución familiar y la cultura de la vida y deja a los jóvenes desconcertados, muchas veces huérfanos de padres, maestros, educadores. Todos estos son ámbitos humanos interpelantes que nos quieren poner en camino para pasar por la puerta que nos lleva a la misión en América y para colaborar en abrir a Cristo las puertas del corazón de los latinoamericanos.

del 9 al 12 de diciembre de 2012, un importante Congreso para suscitar un compromiso mayor por la nueva evangelización en todo el continente, confiándolo a Nuestra Señora de Guadalupe, estrella de la evangelización americana.

América, puerta de salida para la misión ad gentes

La autenticidad y vitalidad de la fe se verifica en el anhelo de comunicarla a todos, más allá de todas las fronteras, el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestra vida de gratitud y alegría, de amor, felicidad y esperanza. Los cristianos no pueden guardar esa extraordinaria experiencia de vida solo para ellos mismos. Necesitan compartirla con todos sus hermanos, los hombres, por amor a su vida y destino. Es cierto que, en la historia de la Iglesia, todo ímpetu misionero ha sido signo de vitalidad de la fe, mientras que su disminución es signo de crisis de la fe.

La secular experiencia de la misión *ad gentes* de la que tantos españoles han sido protagonistas también ha de ayudar a la Iglesia en América Latina a asumir su propio compromiso en la solicitud apostólica en otros lugares de la tierra. No ha faltado, al respecto, la viva conciencia del episcopado latinoamericano en Aparecida. Si bien, incluso en el continente americano, los confines entre la nueva evangelización y la misión *ad gentes* no pueden a veces distinguirse claramente, al mismo tiempo, el mundo espera de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña un compromiso más significativo con la misión universal en todos los continentes. Para no caer en la trampa de encerrarnos en nosotros mismos —se afirma en el Documento de Aparecida, n. 376—, debemos formarnos como discípulos misioneros sin fronteras, dispuestos a ir «a la otra orilla», aquella en la que Cristo no es aún reconocido como Dios y Señor, y la Iglesia no está todavía presente. Más aún: «somos Iglesias pobres, pero debemos dar desde nuestra pobreza y desde la alegría de nuestra fe, y esto sin descansar en unos pocos enviados el compromiso que es de toda la comunidad cristiana» (DA, 379). El apoyo a los centros misioneros nacionales y la colaboración con las Obras Misionales Pontificias son signos concretos de ese compromiso (cf. DA, 378). La gratitud con todos aquellos misioneros que han comunicado la fe a sus pueblos, especialmente manifestada por el episcopado latinoamericano, y la conciencia de que más del 50% de los católicos de todo el mundo residen en el continente americano, piden que América Latina abra de par en par las puertas a la misión, dispuesta a colaborar cada vez más con el ministerio del Pastor universal. Este ha sido el espíritu que ha

animado en las últimas décadas la celebración de los hasta ahora ocho Congresos Americanos Misioneros (CAM). Un simple recuerdo de sus lemas nos desvelan la fuerza que latía en el interior de aquel «América, ¡sal de tu tierra!», en el CAM de Argentina (octubre de 1999), invitando a dar gratuitamente a otros lo que gratis habían recibido. En los últimos lustros han salido de las Iglesias jóvenes de América Latina nuevos evangelizadores para hacer resonar el anuncio de Cristo, Hijo de Dios. Siguiendo el rastro de los Apóstoles, muchos hombres y mujeres americanos están viviendo el dinamismo de un nuevo Pentecostés, convirtiéndose en «evangelios vivientes», como le gusta llamar a Benedicto XVI a los misioneros.

Esta es la razón por la que el Plan de Pastoral del CELAM para el quinquenio 2011-2015 propone «animar a las Conferencias Episcopales, en virtud de la espiritualidad de comunión, para que asuman responsable y solidariamente el compromiso de la misión *ad gentes*, como fruto maduro de la Misión Continental y concreción de la nueva evangelización en el ardor, métodos y lenguajes, expresando así la naturaleza misionera de la Iglesia que anuncia a Cristo en América Latina y el Caribe» (Programa 20). Sin duda alguna esta ha sido desde el principio la gran contribución de los misioneros españoles *Fidei donum*: suscitar con el testimonio y la palabra nuevas vocaciones para la misión más allá de los límites de la propia Iglesia local, «como la consecuencia natural de una honda conciencia eclesial y, al mismo tiempo, como una respuesta vigorosa a uno de los más urgentes desafíos de nuestra época, cual es la necesidad de tejer vínculos de colaboración y fraternidad entre las personas, los pueblos y las comunidades eclesiales» (Juan Pablo II, *Mensaje* a la OCSHA, 3 de junio de 1999).

Acogida de emigrantes y sacerdotes americanos

El fenómeno de las migraciones nos está ayudando a tener una visión más universal de la Iglesia. A Europa y, en especial, a España, han llegado millones de hombres y mujeres procedentes del continente ame-



El abrazo de Benedicto XVI y un grupo de niños durante el viaje apostólico a Brasil en la V Conferencia general del episcopado de Latinoamérica y el Caribe (9 a 14 de mayo de 2007)

a sus necesidades. Que sean ellos los adelantados de esa «nueva primavera de la misión *ad gentes*» que esperan y auspician los obispos latinoamericanos (cf. DA, 379).

El compromiso misionero de hombres y mujeres americanos va más allá de su condición de consagrados o llamados al ministerio sacerdotal. También la vocación misionera ha sido entendida y secundada por laicos. Ya *Ecclesia in América* hacía esta referencia a que el mandato misionero de Jesús no sólo estaba dirigido a los Apóstoles y sus sucesores, sino a todos los que desean ser sus discípulos (cf. EAM, 66).

El envío de estos «pregoneros del Evangelio» no se circunscribe únicamente a Europa, sino al mundo entero, también a otros países del mismo continente americano. La diversificación de relaciones políticas, económicas y culturales que los países latinoamericanos han establecido con aquellos de África, Asia y Medio Oriente, está favoreciendo estas corrientes misioneras en todas las direcciones. Aquello que han recibido, lo entregan generosamente en cualquier parte del mundo.

Todos, como María, llamados a la misión

Abrir las puertas a Cristo significa también abrir las puertas a la misión. La misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales. A cincuenta años de la conclusión del concilio Vaticano II —que conmemoramos en este Año de la fe—, recordemos cómo, según el Decreto *Ad gentes*, n. 6, «La actividad misionera fluye de la misma naturaleza íntima de la Iglesia, cuya fe salvífica propaga, cuya unidad católica perfecciona dilatándola, con cuya apostolicidad se sustenta, cuyo sentido colegial de la Jerarquía pone en práctica, cuya santidad testifica, difunde y promueve».

La colaboración sacerdotal y apostólica entre las comunidades cristianas debe ser considerada como una de las respuestas más válidas para asegurar una globalización en la solidaridad, así como una de las «formas» que caracterizan la nueva evangelización, para poner de relieve «el deber de la recíproca solidaridad y de compartir sus dones espirituales y los bienes materiales con que Dios las ha bendecido, y para favorecer la disponibilidad de las personas al servicio de la misión» (EAM, 52).

Confiemos la vocación misionera, según la modalidad que la Providencia de Dios quiere para nosotros, a la intercesión de la santísima Virgen María, que la Iglesia en América Latina reconoce como «estrella de la primera y de la nueva evangelización», «presencia materna indispensable y decisiva en la gestación de un pueblo (...) de discípulos y misioneros de su Hijo» (DA, 524).

CARDENAL MARC OUELLET
Presidente
Pontificia Comisión
para América Latina

ricano. Es verdad que este flujo está disminuyendo por las dificultades que se encuentran en el viejo continente y porque, en América, se está produciendo un notable crecimiento económico. El hecho, en sí mismo, merece una atenta consideración porque las migraciones han puesto en evidencia, entre otras cosas, la fragilidad de la fe de las personas y comunidades. Las de allá, al no reconocerse cordialmente insertas en las comunidades de destino; las de aquí, al refugiarse en sí mismas generando sospechas sobre los que vienen de fuera. Ha llegado la hora de revisar la calidad de nuestra caridad ante los evidentes hechos de rechazo en unos casos y de infidelidad en otros. Fenómeno cultural y religioso que ha de ser objeto de la antes mencionada conversión pastoral, en ambas orillas.

Tampoco los sacerdotes diocesanos están siendo ajenos a este fenómeno migratorio. No faltan en España, como en muchos otros países europeos, numerosos sacerdotes provenientes de los países latinoamericanos que, con el permiso de sus respectivos obispos, colaboran activamente en la misión evangelizadora de ambientes que sufren la desertificación de la secularización y el abandono de la tradición católica. Están presentes también movimientos y nuevas comunidades de origen latinoamericano. Son un exponente más de la vocación misionera para «salir» de la propia tierra e ir a los que están lejos. Quienes han sido «tocados» por la gracia para vivir este compromiso misionero son verdaderos testigos de la fe, «porque la fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo» (PE, 7). Acójámoslos con gratitud y cariño, atentos



Monseñor Georg Ratzinger habla de la decisión de su hermano

El recorrido de un afecto recíproco

La misión de Benedicto XVI ha sido «guiar a la gente a vivir en la Palabra de Dios. Una misión difícil, en una sociedad secularizada». Palabra de monseñor Georg Ratzinger, quien define como «acto de responsabilidad» y «elección humana inspirada por Dios» la decisión de su hermano de renunciar al papado. A ello se refiere ampliamente en una entrevista publicada en el «Corriere della Sera» del 21 de febrero.

De acuerdo con monseñor Ratzinger en absoluto se debe hablar de «una derrota personal». Y es que «en la vejez el hombre pierde muchas capacidades —apunta—. Lo veo en mí mismo. La ancianidad es una fractura en la vida que nos impide hacer lo que antes era normal. La guía de la Iglesia requiere a alguien que cuente con todas sus energías, pues hay muchas cuestiones a las que es necesario responder». Abordando la decisión de su hermano, reconoce estar humanamente «apenado». Pero añade: «Soy un hombre realista y sé que las capacidades humanas pueden resultar, en cierto día, inadecuadas para esa tarea». Es más, «había pensado en realidad que a los setenta y ocho años su actividad “profesional” ya había terminado y que vendría a vivir una vida más leve», admite.

Después del 28 de febrero, en el centro de la vida de su hermano «estará sólo la responsabilidad hacia Dios y la meditación», continúa monseñor Georg Ratzinger. No hay que olvidar que Benedicto XVI «demostró que subió al solio de Pedro no por vanidad, sino por responsabilidad. Lo aceptó por responsabilidad. Y esto fue muy apreciado por la gente».

Deteniéndose en el fuerte vínculo que le une a su hermano, el prelado alemán habla de «afecto» y «respeto». «Nos hemos hecho ancianos en la señal de este afecto y de este respeto recíproco —explica—. Siempre hemos estado felices cuando el otro ha logrado hacer un buen trabajo. Ha sido una responsabilidad común». Y confía: «No iré a Roma en estos últimos días del papado. Prefiero ir a verle en la semana pascual. Pero permaneceré siempre aquí, en Ratisbona, donde me encuentro bien, en una casa tranquila. Tampoco mi hermano se moverá, porque necesita estar un poco apartado. Iré a encontrarle alguna vez».

Monseñor Ratzinger prosigue subrayando que ciertas representaciones estereotipadas de la figura de su hermano no tienen «absolutamente nada que ver con él». Y le describe como «un hombre muy sensible», que «centra los problemas y sabe que son el reflejo de un mundo lleno de aspectos distintos». «En cualquier caso —añade concluyendo la entrevista—, también cuando fue golpeado, ha tenido siempre la firmeza de mantener la propia opinión, con la ayuda de la fe».



La encíclica no escrita de Benedicto XVI

Poder y fecundidad de la humildad

Ofrecemos nuestra traducción de un artículo publicado en «Le Figaro Magazine» del 15 de febrero bajo el título L'encyclique non écrite de Benoît XVI.

JEAN-MARIE GUÉNOIS

Benedicto XVI no publicará la encíclica —aunque se halla en estado avanzado— sobre la fe que se iba a presentar en primavera. Ya no tiene tiempo para ello. Ningún sucesor tiene por qué retomar una encíclica inacabada del propio predecesor. Pero existe otra encíclica de Benedicto XVI, escondida en su corazón, una encíclica no escrita. O más bien escrita no por su pluma, sino por el gesto de su pontificado. Esta encíclica no es un texto, sino una realidad: la humildad.

El 19 de abril de 2005, un hombre de la raza de las águilas intelectuales, temido por sus adversarios, admirado por sus estudiantes, respetado por todos por la agudeza de sus análisis sobre la Iglesia y el mundo, se presenta, recién elegido Papa, como un cordero llevado al matadero. Utilizará incluso la terrible palabra «guillotina» para describir el sentimiento que le invadió en el mo-

mento en que sus hermanos cardenales, en la capilla Sixtina, aún cerrada al mundo, se volvieron hacia él solo, elegido entre todos, para aplaudirle. En las imágenes recogidas entonces, su perfil encorvado y su rostro sorprendido lo testimonian.

Después tuvo que aprender el oficio de Papa. Arrancó, como raíces agazapadas bajo el humus de la tierra, al eterno tímido, lúcido en la mente pero sin destreza en el cuerpo, para proyectarlo ante el mundo. Fue un shock para ambas partes. No lograba entrar en la desventura del desaparecido Juan Pablo II. El mundo entendía mal a aquel Papa sin efecto. Benedicto XVI no tuvo siquiera los cien días de «estado de gracia» que se atribuyen a los presidentes profanos. Tuvo, sin duda, la gracia divina, fina, pero tan poco mundana. Pero tuvo, todavía y siempre, la humildad de aprender bajo los ojos de todos.

Finalmente llegaron esos siete años de pontificado, terribles. Jamás un Papa tuvo, en cierto sentido, tan poco «éxito». Fue de polémica en polémica: crisis con el islam tras su discurso de Ratisbona en el que evocó la violencia religiosa; deformación de sus pa-

Se ha sacrificado

«Un acto realizado por el bien de la Iglesia». Ve de este modo la renuncia de Benedicto XVI al papado el cardenal Velasio De Paolis, presidente emérito de la Prefectura para los Asuntos económicos de la Santa Sede. En las columnas del «Messaggero» el purpurado observa que el Papa «se ha encomendado a Dios y se ha sacrificado». «Sólo una persona humilde y recta como él podía imaginar la renuncia. Es una elección ejemplar». Y subraya que en los casi ocho años de pontificado Benedicto XVI ha pronunciado «decenas de discursos contra una cierta tendencia al carrerismo, pidiendo a los hombres de Iglesia que dejen de lado cualquier ambición, porque, lamentablemente, acaba por dividir, por envenenar las relaciones, por exacerbar los ánimos». Por ello «este Pontífice es verdaderamente grandioso y entenderemos mejor su luz más adelante», considera De Paolis. Le define como un «hombre recto, sabio, que ama las Escrituras y la oración, y de estas obtiene el alimento para su existencia». Y afirma que Benedicto XVI «no ha renunciado a la cruz». Sus fuerzas han disminuido notablemente, «como dijo él mismo». «Renuncia sabiendo que «la Iglesia está fundada en Dios y Dios mismo proveerá».

labras sobre el Sida durante su primer viaje a África que suscitó una protesta mundial; vergüenza sufrida por la explosión de la cuestión de los sacerdotes pedófilos por él afrontada; el asunto Williamson, en el que su gesto de generosidad hacia los cuatro obispos ordenados por monseñor Lefebvre (el Papa revocaba las excomuniones) se transformó en una reprobación mundial contra Benedicto XVI porque no había sido informado de los discursos negacionistas de la Shoah de uno de ellos; incompreensión y dificultades para poner por obra su voluntad de transparencia respecto a las finanzas del Vaticano; traición de una parte de su *entourage* en el asunto Vatileaks, con su mayordomo que sustrajo cartas confidenciales para publicarlas...

No tuvo ni un solo año de tregua. No se le ahorró nada. A las violentas pruebas físicas del pontificado de Juan Pablo II, atentado y enfermedad de Parkinson, parecen corresponder las pruebas morales de rara violencia de esta letanía de contradicciones sufrida por Benedicto XVI. Renunciando, el Papa se eclipsa. A imagen de su pontificado. Pero sólo Dios conoce el poder y la fecundidad de la humildad.